

La Ilustración Artística

Año XVI

BARCELONA 15 DE NOVIEMBRE DE 1897

Núm. 829

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OFELIA

BUSTO MODELADO POR CRENTACOSTE

El más patético é interesante de los tipos femeniles creados por la poderosa imaginación de Shakespeare es sin duda el de Ofelia, la tierna amante de Hámlet, por lo cual no es de extrañar que pintores y escultores hayan tratado á porfía de inspi-

rarse en él, y últimamente Crentacoste lo ha hecho objeto de una admirable obra plástica. Verdad es que solamente presenta la cabeza de la desgraciada doncella y la mano que cubre castamente el seno, teniendo aún la flor que acaba de coger; pero nos causa la ilusión de que vemos el cuerpo entero flotando en las aguas del lago donde halló la muerte, que oímos la melodía con que Ofelia, á pesar de tener la imaginación per-

turbada, se pinta á sí misma exclamando: «Blanca es la mortaja como la nieve de la montafia, toda ella rodeada de suaves y olorosas flores que bajaron á la tumba bañadas en torrentes de verdadero amor.» Pura y serena es la expresión del inanimado rostro de la doncella, como pura y serena era el alma de la amada de Hámlet, tan magistralmente creada por el dramaturgo inglés.

OBRAS MAESTRAS DEL ARTE MODERNO



LA MUERTE DE OFELIA,

busto en mármol, modelado por D. Crentacoste



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*, por Antonio Rubinstein. — *Campoamor*, por U. González Serrano. — *Cuadros populares. La boda del Sr. Martín*, por Carlos Frontaura. — *Desde la corte. La Exposición nacional de industrias modernas*, por Gabriel R. España. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Mi tío Juan*, novela (continuación). — *Adelina Patti en 1852.* — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*La muerte de Ofelia*, busto en mármol, modelado por D. Crenacoste. — *D. Ramón Campoamor.* — Dibujos de Huertas que ilustran el artículo titulado *Cuadros populares.* — *Ricardo Strauss*, director de orquesta en los conciertos del teatro Lírico de Barcelona. — *Comisión ejecutiva de la Exposición nacional de industrias modernas.* — *Telas finas de fabricación catalana.* — *Sala destinada á industrias diversas.* — *Decorado para edificios y habitaciones.* — *Instalaciones de industrias de Tarrasa.* — *Sección de hilados, tejidos, vestidos y accesorios.* — *Instalación del Museo naval.* — *Himno religioso*, cuadro de Woldemar Friedrich. — *Ganimedes arrebatado al empleo por un águila*, cuadro de Frank Kirchbuch. — *Evangelina Cisneros*, insurrecta cubana. — *Monumento que la Transatlántica dedica á sus empleados que perecieron en la catástrofe del «Cabo Machichaco.»* — *Adelina Patti en 1852.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin imitar á aquella señorita desconocedora de las realidades, que indicaba para los pobres faltos de pan el remedio de que comiesen pastelillos y bizcochos, á mí me sucede que al oír hablar del «conflicto del pan» me cuesta trabajo comprender su importancia, porque el pan apenas lo pruebo. Aparte de que es alimento considerado muy malsano á poco que se adultere, y excesivamente fácil de adulterar mezclando á la harina cal y greda (medio casi infalible de producir dispepsias, anemias y tuberculosis), el pan, francamente, se elabora de tal modo, que es necesario tener un estómago de hierro para no estremecerse al pensar lo que comemos cuando llevamos á la boca un mendrugo. ¡Dios piadoso, y cómo se elabora el pan!

¿Lo sabéis, lo sospecháis acaso, pulcras lectoras, las que os enjuagáis la boca seis veces al día, las que os pulís las uñas al salir de un baño perfumado, las que pondríais el grito en el quinto cielo si divisaseis una manchita, una sombra, en el terso mantel, ó en el reluciente cuchillo una empañadura insignificante? ¿Lo sabéis, lo sospecháis, lectores exigentes, que si encontraseis en la sopa un pelo de la cocinera desentaríaís de vuestro hogar y os iríaís á comer de fonda? ¿Con qué creéis que se amasa el dorado bollito, tan apetitoso y coquetón, oculto entre la névea servilleta? ¿Creéis que lo sazona la sal, que lo ha ligado el agua? Sudor humano es lo que traba la miga é impregna la corteza; sudor arrancado por la fatiga á cuerpos desaseados de operarios, que hunden los pies en la masa, y la patean y la soban hasta que está en punto de ir al horno.

A la verdad, estremece pensar que un artículo «de primera necesidad» sufre tales peripecias. Que los que temen el borrico en zorza se abstengan de chorizo y salchichón; que los que no gustan de la fécula de patata renuncien al queso de Gruyère, santo y bueno. Pero que si hemos de comer pan tengamos que ingerir lo más repugnante, lo que nos haría desmayarnos de asco, me parece una de las señales clarísimas del atraso de nuestra civilización, de su impotencia para hacer menos desagradable la vida. No vayáis nunca á una tahona los que seáis *paniegos*, como dicen en Castilla, ó *panegricos*, como cuentan que decía un trastrocador de *voquibles* famoso en mi pueblo. No vayáis á una tahona, porque después no podríais ni ver el pan; á menos que sea una de esas honradas tahonas de mi tierra, donde se hace el pan *completo*, y donde las mujeres, remangadas, luciendo los blancos brazos rollizos, amasan con la mano — el instrumento de trabajo de las razas superiores, — mientras las inferiores, las amarillas, se sirven de los pies, como los jimios, ¡hasta para edificar!

Por otro lado, el «conflicto del pan» implica una de las muchas contradicciones económicas de que nuestra organización adolece. Hay artículos, y bien indispensables para la vida (no sólo de pan vive el hombre, dice la Escritura), que suben y suben y llegan á las nubes, sin que ni el Gobierno, ni la opinión, ni los diarios, ni los sociólogos, se enteren de cómo se remontan y llegan á la región de lo inaccesible. Sólo las amas de casa, clase modestísima y

útil, se enteran de que aquel «renglón» va tomando proporciones aterradoras. Sube el petróleo; suben el carbón y la leña; sube la legumbre; suben los garbanzos, el aceite, el tocino y la carne; sube la leche; suben el chocolate y el café; suben los géneros, los aranceles y las contribuciones como la espuma, sin que nadie chille, sin que se crea amenazado el orden social. Lo único que no puede subir es el trigo, y el pan por consiguiente. ¿Qué dirán de esto Gamazo y sus electores y acérrimos partidarios, aquellos que le votarían á él antes que á D. Juan de Padilla que resucitase? — según me declaró un vecino de Villalar, por cierto en la misma casa donde Padilla pasó la última noche, víspera de su degollación.

Si Gamazo y sus electores y mi amigo el director del *Norte de Castilla* dijese que esto es una injusticia manifiesta y una anomalía extraña, razón tendrían, vive Dios. No se concibe que subiendo todos los productos, se mantenga estacionario uno solo. Se objetará que el pan es el recurso del pobre. No; el pobre también necesita el resto: vestido, calzado, calefacción, bebida, luz y casa. El pobre mismo ha encarecido también; hablo del pobre que trabaja, del que gana su salario. Los jornales han aumentado sensiblemente en todas partes, y sobre todo en los grandes centros el obrero se cotiza quizás á doble precio que hace un cuarto de siglo. Estos son hechos, y la economía política, que decían antaño, los problemas económicos, que dicen ahora, con hechos se resuelven. De todas maneras, sin que intentemos resolver cuestión tan pavorosa, ¿no podría inventarse una máquina de amasar el pan que nos redima de los actuales procedimientos pedestres y hediondos?

* *

¿Será cierto que la incredulidad, el escepticismo y el materialismo ganan terreno cada día? ¿Será verdad que no se espera en el más allá ni en la vida futura? Estoy por decir que, al menos en apariencia, nunca se habrá creído en ella más firmemente. Tomemos por norma el respeto y veneración á los muertos. El culto de los manes se ha dicho siempre que revelaba la convicción profunda de la inmortalidad del alma. Si pensásemos que detrás de la losa no hay más que un puñado de ceniza, y que esa ceniza es cuanto nos queda de los seres queridos, no se explicarían las asiduidades y los cuidados que vemos consagrar á las tumbas. Del cementerio antiguo, triste, abandonado, invadido por las hierbas y las ortigas, donde los muertos se quedaban tan solos, al cementerio actual, esmeradamente cultivado como un jardín, espléndidamente iluminado en estos días, embalsamado por las flores, atestado de coronas y exvotos, va sorprendente diferencia. Se multiplican los mausoleos lujosos y las capillitas recordatorias; los escultores tienen un porvenir abierto por la muerte; el mármol blanco invade nuestras necrópolis, poblándolas de bustos de azúcar de pilón y obeliscos de confitería; pero sobre todo los floristas, industria nueva, se aprovechan de esta creciente devoción á los manes.

Días hay en Madrid en que no encontraríais á las tres de la tarde, ni aun pagándola á peso de oro, una violeta, una lila, una camelia blanca, un crisantemo (*crisantemo* se dice en castellano, y no *crisantema*, aunque el Diccionario de la Academia, con su acostumbrada y encantadora concisión de sordo mudo, no lo traiga de un modo ni de otro). No encontraríais, repito, ninguna flor de las que con más ó menos propiedad se aplican á las coronas que á los muertos se ofrecen. En cambio, algún carro fúnebre desaparecerá bajo la carga de tanta corona inmensa, cuyas cintas llevan grabado en oro el nombre del donante. Esta novedad de las coronas es francesa, y ha venido á sustituir casi por completo á la costumbre rancia y española de las misas y los sufragios por el alma; y al reconocerlo, me dan impulsos de desdecirme y de afirmar que, en vez de probar tantas flores y tantas luces una creencia espiritualista, lo que prueban es que á falta de la fe, la vanidad, la ostentación y la rutina saben hacer prodigios.

Las coronas son muy bonitas, ¿quién lo duda? Producen un efecto grato á la vista y al olfato, cubriendo y disimulando la lividez del cadáver, engalanando el ataúd, revistiendo de los esplendores de un mes de mayo la negrura de las últimas horas. Pero las coronas cuestan un sentido, miles de duros, de que se aprovechan las tiendas de flores naturales y artificiales y las de cintas de raso y gro; y si somos cristianos, si somos católicos, si esperamos en la gracia de Dios y en el colectivismo admirable de los sufragios, haríamos bien en reservar un poco de lo que se gasta en *rositas* para ofrecer el Santo Sacrificio por las almas de los muertos, y en elevar á Dios el aroma de las preces y el solemne eco de los salmos del Oficio de difuntos.

La muerte es cosa muy seria, muy trágica — á pesar de que el hábito diario nos ha familiarizado con ese terrible tercer acto del drama de la vida. — Sólo la Iglesia ha sabido revestir de dignidad y de respeto los últimos instantes, el duelo, la aflicción y el sepulcro. En esto sí que no caben innovaciones, como las que solicito y deseo para elaborar el pan. Lo tradicional me parece insustituible, y aunque no me lo pareciese por razones más altas, me lo parecería por conveniencia y decoro. Todas las coronas del mundo no son nada al lado de una misa; y si se trata de lujo, en vez de coronas me agrada sobre las sepulturas el gran paño heráldico, ricamente bordado, que cubrió los restos del padre y cubrirá los de los hijos, simbolizando la familia y la religión á la vez.

En grave apuro se vería el que investigase el origen de las ideas que se refieren á la muerte, al encontrarlas diametralmente opuestas en una misma raza, la raza aria, por ejemplo. Nosotros creemos que la tierra es sagrada cuando la bendice el sacerdote; y porque la creemos sagrada depositamos en ella algo sacratísimo, los restos de nuestros muertos, lo que nos queda de lo que más se amó; y los parsis, por el contrario, al creer que la tierra es santa, tendrían por un sacrilegio enterrar en ella á los muertos, pues juzgan que sería impurificar y manchar el seno de la tierra. De ahí esos enterramientos tan extraños, esas torres fúnebres llamadas con expresiva frase *del Silencio*, en las cuales los cadáveres, descubiertos, se desecan al sol, por el procedimiento de los higos pasos, hasta que se disuelven del todo, y quedan los huesos blancos, mondos y limpios, que van hacinándose en un rimero en el fondo de la torre. Coinciden en esto con los maories, gente muy religiosa á su modo, que cuelga los muertos de los árboles, en una especie de hamaca, á estilo de nido de pájaro. Pero, sin género de duda, el modo más extraño de sepulturar á los muertos es el que gastan otras tribus más salvajes aún que los maories, y más supersticiosas, más *animistas* en sus creencias. Anticipándose á Brown-Sequard, suponen que el que come del cuerpo de un valiente se hace valiente como él, y el que come de un sabio se asimila la sabiduría; así es que el sumo honor fúnebre entre esas tribus es ser devorado, al son de músicas discordantes. Si es cierto que el cuerpo del hombre es templo y alcázar á la vez, ¿qué mejor panteón que un templo y un alcázar? Por eso, no ha muchos días tuve ocasión de leer un interesante articulo, donde se demostraba que la antropofagia no se ha de considerar, como han creído hasta hoy los ignorantes, un acto de salvaje y bárbara crueldad, sino una ceremonia religiosa, que demuestra en alto grado la fe y la piedad de los que lo ejecutan y su espiritualidad delicada y exquisita.

¡Oh, mis colegas los escritores!

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

La *interview* se ha hecho hoy en día una costumbre general y, lo propio que el afán de autógrafos, es una mala costumbre que los europeos han importado de América. En el terreno político puede quizás significar algo porque por este medio le es dado á un hombre de Estado decir algo que conviene que sepan sus adversarios ó los demás Estados, pero ¿á qué conduce *interviewar* á un artista? Este se guardará muy mucho de hablar de sus colegas; sus principios en materia de arte no son ningún secreto; para influir en el público le bastan sus obras; explicar sus actos de la vida privada ó de familia no es cosa que haya de serle muy agradable. ¿De qué hablará, por consiguiente? Y sin embargo, el que intenta sustraerse á esta plaga se perjudica, exponiéndose á ser pasto de las malas lenguas. ¡O *tempora, o mores!*

* *

No deseo tener más dinero del que exigen las necesidades de mi vida: lo superfluo no entra en mi modo de ser, y la acumulación de bienes, aun cuando sea con objeto de dejarlos á los hijos, me parece censurable. Aunque sea cruel, encuentro mucho más justo obligar á los hijos, después de haberles dado una educación completa, á que se ganen por sí mismos la subsistencia, y en cuanto á las hijas, cuando se casan, no darles más dote que el necesario para que el marido, en tiempos adversos, no pueda echarles en cara que ha de mantenerlas.

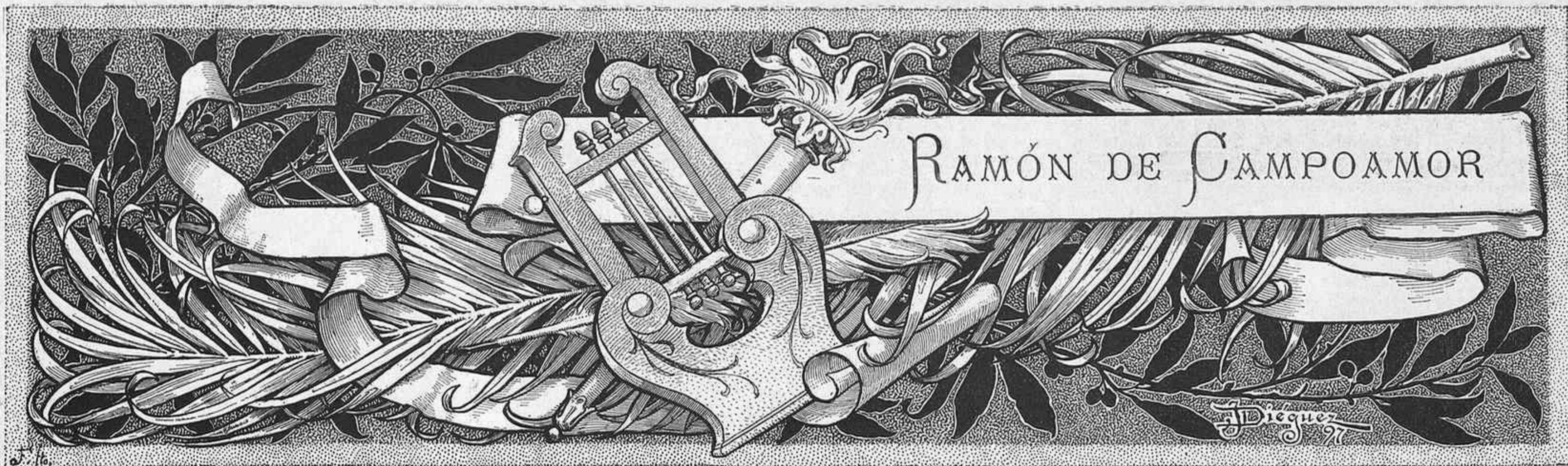
* *

Paréceme que junto á una mesa de escribir iluminada por la luz eléctrica los pensamientos toman un carácter distinto del que revisten cuando aquélla está alumbrada por velas de cera ó de sebo; que con la primera han de ser de índole más optimista y más pesimista con las últimas. ¿Será, acaso, una característica del pesimismo el hecho de que le diera vida una iluminación insuficiente?

* *

En el transcurso de los siglos, los sabios, los filósofos y los naturalistas han investigado y penetrado todos los fenómenos de la creación y han podido explicarlos á la humanidad. Sólo dos cosas no han podido explicar, el principio y el fin. Por esto la humanidad habrá de tener eternamente un Dios, una religión y una iglesia.

ANTONIO RUBINSTEIN



CAMPOAMOR

«Germinal,» Revista de la *gente nueva*, considera hace pocos días al octogenario Campoamor como uno de los suyos y como más revolucionario que muchos pseudo-liberales, á pesar de que el insigne autor de las *Doloras* ha sido y sigue siendo, quizá por el buen parecer, reaccionario y conservador. No pretendía «Germinal,» como humorísticamente decía el ilustre vate, que le llevaran á la cárcel á concluir su envidiable vejez, sino que anhelaba poner de relieve una verdad inconcusa, la de que Campoamor-artista es más revolucionario que Campoamor-consejero de Estado conservador.

¡Sí!, es de la *gente nueva* el gran poeta, *dont l'Espagne est si justement fière*. Y lo es, porque, á pesar de su conservaduría, contra sus desplantes autoritarios y hasta aristocráticos, frente «á sus aficiones á pasarlo bien y á sus hábitos de pereza,» Campoamor, el artista genial, es *per sæcula sæculorum* un *agitador de ideas*. No es filósofo, ni didáctico, ni reflexivo; se prenda de lo intuitivo, de lo plástico, del lenguaje por imágenes y proclama como dogma de su estética el *arte por la idea*.

De su filosofía, que ha publicado en dos *doloras* en prosa — *El Personalismo* y *Lo Absoluto*, — formula el juicio zumbón, que oyó á uno de sus administradores, que parece pidió dichas obras, las leyó y devolvió, diciendo: «la remesa de las *Metafísicas* del amo equivale á mandar expresiones, que es como no mandar nada.»

De su afán didáctico protesta el escepticismo que surge de todas sus poesías (*el color del cristal con que se mira*), escepticismo que rabia de verse junto con el plácido y bonachón aspecto de creyente, que de su exterioridad de burgués aburrido irradia el pastoso Campoamor.

De su criterio político, que acentuó refutando «La Fórmula del Progreso» de Castelar y confirmó con sus doctrinarismos aristocráticos, no se ha separado un ápice, siquiera no haya llegado á la Meca de todos los políticos, á la poltrona ministerial, porque nunca supo quitar motas, ni tomar aires de seriedad ridícula. Si le preguntaban: «¿por dónde es usted diputado, D. Ramón?», contestaba: «por Romero Robledo.»

De su ambición decía: «Yo tengo el honor de despreciar la gloria y el dinero.» Quizá es esta declaración de las que carecen de ingenuidad (¡y cuidado si el gran poeta es ingenuo!). «No he necesitado nunca dinero,» repite con frecuencia Campoamor, y aun es creíble que lo haya despreciado siempre. ¡Pero la gloria! ¡Qué hermosa mentira, aun referida á lo que llama la *fama infame!* Campoamor ha sido (y aún sigue siendo) una sensitiva; ha soportado la censura, pero no le ha gustado jamás. Por evitar una crítica acerba era capaz de cometer una injusticia con sus adversarios y hacer bien á sus enemigos. Para negar que había plagiado una poesía de Víctor Hugo, dijo que no sabía una palabra de francés y no ha habido quien le arranque declaración en contra; porque, ¡debilidad de los grandes!, quiere ante todo aparecer como hombre que nada sabe y que no estudia...; él, el gran poeta-psicólogo, que todo lo lee y que medita los asuntos de sus hermosas *Doloras* y aun los vive como Goethe su *Werther*.

A través de su ortodoxia (garantida por la elegancia devota, que mezcla en el *boudoir* el incienso á que huele el devocionario con la mostaza de las *Doloras*),

apenas si podría caminar, con grave riesgo, el ingenio sutil de un Duns Scott. Las raíces de su sensualismo poético ahondan en el misticismo literario; pero, como todos los místicos, convierte lo religioso en la novela de lo infinito y habla de la religión del amor (*Los Grandes Problemas*), como pudiera hablar el más emancipado de lo dogmático. Carece Campoamor de la fe del carbonero, «aunque prefiere ir á misa á reñir con su mujer;» no le seduce la fe razonadora de Balmes, ni el celo ardiente de Fernán Caballero, ni la creencia militante de tanto obispo de levita. Cree en la religión de la belleza y odia la de-



D. Ramón de Campoamor

mocracia por antiestética. Y del cristianismo acepta su carácter poético y la hermosa melancolía de su pesimismo, que *concibe*, pero que *no siente*, pues

Vive con la manía
De maldecir de su feliz estrella,
Y cual buen pesimista en teoría
Le va en la vida bien y habla mal de ella.

(*Los Buenos y los Sabios*)

Convierte Campoamor la ictericia moral del pesimismo, tinte gris de su grata existencia, en penumbras y contrastes para describir los flagrantes delitos de inconsecuencia, en que sorprende á la *gente d'élite* (*Los Grandes Hombres, Antinomias del Genio*). Para ello tiene como único lema el *arte por la idea* y dentro de él la originalidad, sin hallar óbice en lo paradójico. Es él mismo una *paradoja de carne* y se complace en darse aires de conservador y en verse evocado por los revolucionarios como porta-estandarte de toda protesta.

Pero, *experimentum crucis*, en medio de la paradoja, agitando ideas, aun las más contradictorias, Cam-

poamor es un poeta de cuerpo entero; es *el poeta*, aparte todo ditirambo. Y por lo mismo es contradictorio, es un *Proteo*. Ya lo hizo notar Schopenhauer: «El poeta es el resumen del hombre en general.» Cuanto, en circunstancias dadas, ha sentido la naturaleza humana, cuanto alguna vez ha hecho latir el corazón, otro tanto es la materia sobre la cual trabaja el poeta, apto para cantar la voluptuosidad y los objetos místicos, para ser Anacreonte ó Angel Silesio, escribir trágica ó cómicamente y retratar un carácter elevado ó vulgar. Nadie puede impedirle ser moral, ¡piadoso, cristiano, ni censurarle que no lo sea; verdadero espejo de la humanidad, pone ante sus ojos cuantos sentimientos la agitan. Los grandes poetas penetran en los personajes que representan y como ventrílocuos hablan por la boca de cada uno de ellos, ahora con el tono del héroe, después con la delicadeza del niño inocente, siempre con igual verdad y naturalidad. Estos grandes poetas son, entre otros, Goethe y Campoamor, libres del *egotismo* y jamás protagonistas de sus obras para llorar fe perdida ó maldecir dudas que no se disipan.

De tan buena cepa es el gran poeta Campoamor. ¿Por qué han de acusarle alguaciles de la conciencia, cuando ésta es incoercible, si ha conseguido que sus audacias volterianas y su *perfidia* sean paladeadas hasta por los más timoratos? Ha sabido unir la candidez de la paloma con la astucia de la serpiente; ha conseguido administrar aun á los más ortodoxos el veneno (según otros el tónico) de la duda en píldoras doradas. ¿Es ó no revolucionario?..

Jefe político de la provincia de Castellón el 54, Campoamor contestó al conde de San Luis, cuando le estimulaba á la reacción y á la arbitrariedad: «En esta provincia no hay temor de que el orden se altere, porque no tenemos ni un soldado.» De Campoamor, que ha asistido en vida á la apoteosis de su gloria (y el inocente embustero dice que la desprecia), no habla mal nadie, ni aun los muchos que le envidian. A su excelsitud como artista añade la condición ingénita de la bondad. *Vir bonus natus*. No tiene que esperar á no llenar hueco para que comiencen las alabanzas. El coro general de ellas suena armoniosamente hace ya muchos años con Ayala,

que, sintiendo la influencia de Campoamor y viéndole tan descreído, no le quería tan bueno:

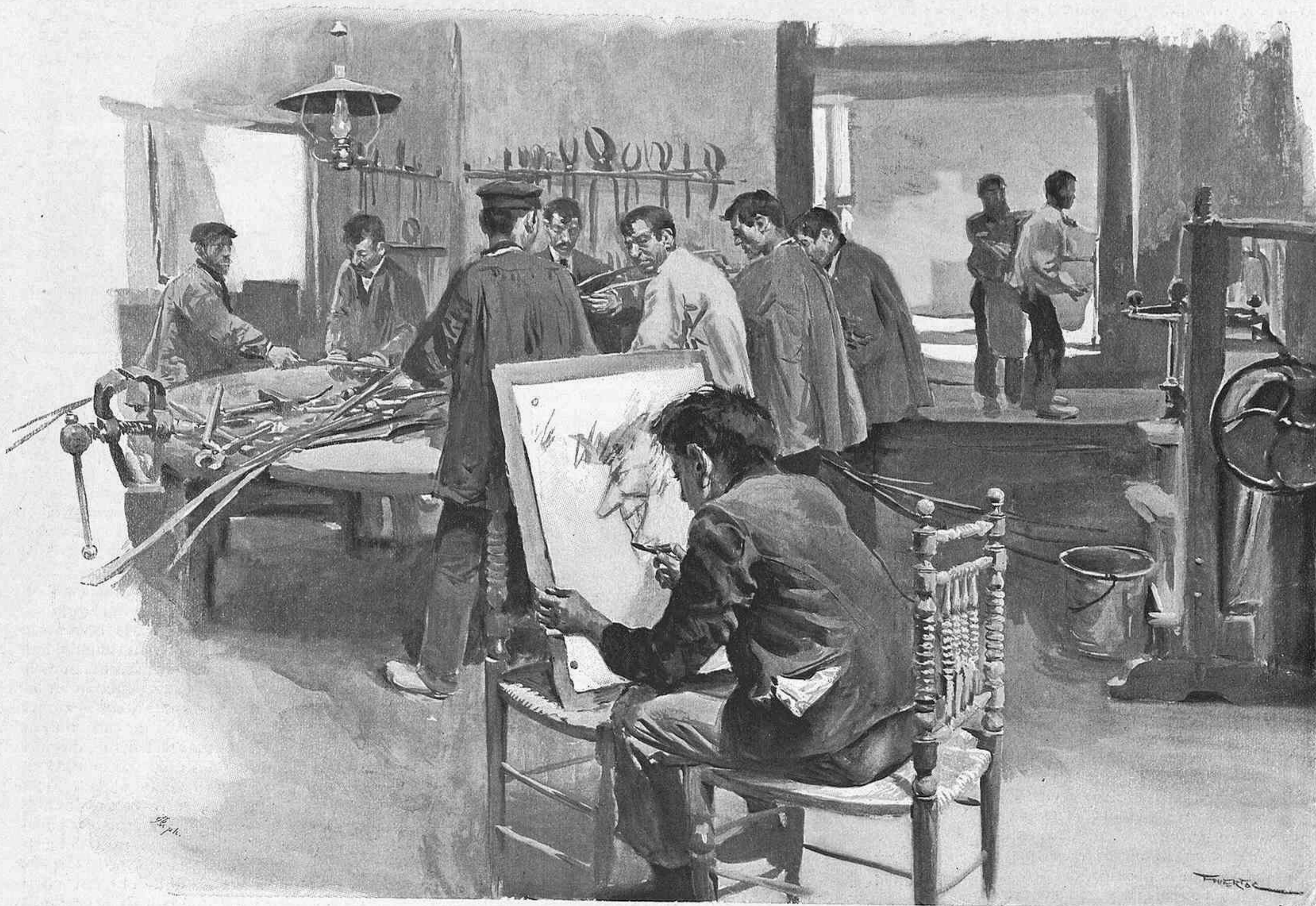
«No prediques el amor,
Te lo pido por Dios vivo.
Hazte malo por favor,
Que no serás tan nocivo
Siendo... un poco peor.»

A nadie extrañará que cuando el Gran Anciano llega á la puerta de la librería de F. Fe, sin poder bajar de su coche, en busca de alguno de los muchos y muy sinceros admiradores, que se complacen en saludarle, se sombree su risueña fisonomía con el temor del Gran Misterio (la muerte). Si alguno quiere animarle con paliativos *ad usum Delphini*, podrá constatar el inmortal Campoamor como Aristipo. Asustado éste de una tempestad, excitaba la risa de los ignorantes, que carecían ó aparentaban carecer de miedo, y Aristipo les decía:

«Es que hay mucha diferencia entre lo que tenemos que perder.»

U. GONZÁLEZ SERRANO

Madrid, octubre de 1897.



Y luego que volvía á casa el simpático mudo dibujaba con suma ligereza las siluetas de los oficiales y aprendices del taller (dibujo de Huertas)

CUADROS POPULARES

LA BODA DEL SEÑOR MARTÍN

I

Boda más sonada que la del Sr. Martín no habrían conocido seguramente los más antiguos feligreses de San Lorenzo, y eso que para bodas sonadas y de rumbo no hay otra parroquia como la que tiene por titular el insigne santo de las parrillas. De antiguo reside en aquellos barrios la flor y nata de la majeza y la guapeza de Madrid, y si no hay allí capitalistas y banqueros, de esos pobres banqueros que viven amarga vida haciendo cálculos y combinaciones con que sumar millones, y en esta ruda faena pierden la salud y adquieren la diabetes y otras enfermedades de que mueren, existen no pocos sujetos bien acomodados que poseyendo modesta fortuna, producto del trabajo y del ahorro, son más felices que aquellos otros, y pasan mejor vida con más salud y menos quebrantos, y también pueden considerarse más ricos, en puridad, con un saneado capital de alegría y de buen humor, que vale lo que no vale todo el oro del mundo.

El Sr. Martín era uno de estos dichosos feligreses de San Lorenzo; pero para ser enteramente feliz, más cerca ya de los cincuenta que de los cuarenta años, creía que le faltaba una buena moza por compañera, con la bendición del cura, se entiende; y á fe que tuvo la suerte de encontrar el mejor ejemplar del bello sexo que existía en el barrio de Lavapiés, y estoy por decir, aunque parezca exageración, que en toda España. Y desde que se corrió por el barrio que el señor Martín, el cerrajero, se casaba con Margarita, la hija de sus vecinos los prenderos, túvose por cosa cierta que la boda sería un acontecimiento de gran resonancia, porque el Sr. Martín gozaba legítima y bien ganada fama de espléndido y dadivoso, y si había echado, como suele decirse, la casa por la ventana con motivo de sacar de pila á chiquillos de la vecindad ó de apadrinar en sus bodas á la hija de un amigo, ¿qué no haría tratándose de celebrar su propio enlace con aquella hermosísima doncella que era gala y honor del populoso barrio? Y en verdad que nadie podía persuadirse de que la linda Margarita fuera hija del tío Polonio, el más arrastrado y enre-

dador de los ropavejeros, y de la tía Ulogia, su digna esposa, que semejava propiamente la estampa de la herejía, y si él tenía merecido renombre de borracho, pendenciero y cobardón, de ella sabía todo el mundo que era horrible de rostro, larga de lengua y de manos, tramposa, embustera y trapisondista... Fué capricho singular de la naturaleza que de la unión de aquellos dos demonios naciera dulce y angelical criatura, hermosa sobre toda ponderación, y con ser tan hermosa de cuerpo, más hermosa de alma que de cuerpo.

II

Martín, al cumplir los ocho años, había perdido á sus padres en un día, víctimas de la epidemia colérica. Gentes extrañas echaronle de la buhardilla donde aquéllos habían muerto, y del arroyo le recogió un matrimonio pobre y caritativo. El marido era cerrajero y dueño de un pobrísimo taller que le producía muy poco dinero. Envío al huérfano á la escuela municipal donde aprendiera á leer y escribir, y luego le enseñó el oficio, todo lo que él sabía del oficio, que no era mucho. No podía hacer más en favor de su hijo adoptivo aquel honrado menestral. Aplicóse tanto Martín, que en pocos años supo de cerrajería muchísimo más que el maestro, y gracias á su hábil trabajo y á su actividad hizo que adquiriera cierta importancia el triste y desmantelado taller del Sr. Laureano, y allí donde antes no se hacía más que enderezar alguna llave y forjar cerrojos é instrumentos ordinarios, todo cosa de poco valor y de ningún mérito, hicieron balcones decorados, verjas, barandillas, cerraduras artísticas y otras obras que dejaban regular utilidad y proporcionaban crédito y parroquianos á la casa. Y se ensanchó el taller, y la fragua funcionaba día y noche y ya no se veía solos al maestro y á Martín; quince, ó más, oficiales y aprendices trabajaban allí á las órdenes del huérfano, á quien el Sr. Laureano había confiado la dirección de la cerrajería, seguro de que lo haría mejor que él mismo. El pobre del Sr. Laureano enfermó, y después de estar dos ó tres años cayendo y levantando murió en los brazos de su mujer y de Martín, pidiendo á éste que no abandonara á la viuda mientras ésta viviera, y que la amara como cariñosa madre que había sido para

él. Cumplió como bueno Martín la postrera voluntad de su bienhechor, y continuó dirigiendo el taller y cuidando con filial cariño á la viuda de su maestro, que tampoco tenía buena salud. Martín no conoció las naturales expansiones y los legítimos placeres de la juventud; ni tuvo novias, ni frecuentó bailes, cafés y paseos; ni se distrajo un punto de su ruda labor y de la conservación de la vida de la excelente mujer que le llamaba hijo. Y aun contrajo otra obligación, queriendo imitar la virtud de su llorado maestro.

En la casa donde estaba el taller había muerto, en una buhardilla como la en que él nació, la infeliz madre de un hermosísimo niño de ocho años, á quien cierto pariente de pocos recursos y de menos corazón, no pudiendo hacerse cargo del huérfano, decidió llevarlo al hospicio. Súpolo Martín y no lo consintió. Él mismo cogió en sus brazos á la desvalida criatura y la llevó á los que siempre habían sido para él amosísimos, á los de la bonísima mujer á quien llamaba madre con profunda gratitud y con amor infinito. Y experimentó Martín un movimiento de legítimo orgullo al considerarse protector de aquel niño desventurado, y le amó como si fuera hijo de su propia carne, y más le amó porque el huérfano era doblemente desgraciado: era mudo.

La viuda del Sr. Laureano, aunque tan enferma estaba, vivió largo tiempo, gracias á los exquisitos y amorosos cuidados que le prodigó el agradecido Martín, y ya rayaba éste en los cuarenta años cuando el alma buena de la bondadosa mujer voló á unirse en el cielo con la de su honradísimo esposo. Martín fué dueño del gran taller de cerrajería y de todos los ahorros que había hecho la viuda; ésta había tenido el buen acuerdo de otorgar testamento sin que lo supiera su hijo adoptivo; á no ser por esta previsión, lejanos parientes de aquella habrían heredado lo que era, en puridad, producto exclusivo del trabajo y de la honradez de Martín. Obtuvo, pues, la merecida recompensa de tantos años de incesante labor, y con más recursos que antes pudo anchamente completar la educación de su protegido, el pobre mudo, que, de complexión delicada, había sufrido penosas enfermedades, necesitando asiduos cuidados que no le escatimó el bueno de Martín, empeñado en conservar aquella vida constantemente amenazada. Todo cuan-

to Martín pudo reunir, que nunca en vida de la viuda quiso cobrar más que su modesto jornal, todo lo había empleado en beneficio de su amado Andrés, que no habría sido más agasajado y más solícitamente atendido si hubiera nacido de príncipes. Y estaba orgulloso Martín de haber triunfado en su nobilísimo propósito de vigorizar y fortalecer la flaca naturaleza del mudo, y experimentaba una satisfacción inmensa, un placer incomparable del espíritu cuando Andrés, educado también por Martín cristianamente, le echaba los brazos al cuello ó le besaba con la mayor ternura. Era Andrés de viva y clara inteligencia y pronto aprendió á leer y escribir, y mostraba afición especial á las bellas artes. El Sr. Martín, así le llamaba todo el mundo en el barrio, llevábale los domingos al Museo; allí vió el cerrajero cómo se animaba el semblante de su protegido, cómo fulguraban sus ojos contemplando aquellas maravillas de la pintura y de la escultura, y cómo se esforzaba en expresar el asombro que producían en su ánimo. Y luego que volvía á casa el simpático mudo reproducía de memoria alguna figura ó algún grupo de los que había visto en el Museo, ó dibujaba con suma ligereza y notable exactitud las siluetas de los oficiales y aprendices del taller, ó se complacía en retratar á la niña gentil cuya angelical figura semejaba aparición fantástica en medio de las siniestras sombras de la hedionda cueva donde *Polonio* y *Ulogia* tenían establecida la prendería.

ca, respondona, aviesa y de mala sangre, y ya andaba él discurrendo modo y manera de prescindir de los servicios para sustituirla con cierta buena moza, que habiendo quedado viuda deseaba hallar una casa donde servir á señor solo y formal, de posición desahogada; que para pasar hambre y trabajos, ya los había pasado bien grandes con el difunto.

Instaláronse los fugitivos en una lóbrega y sucia tienda frente por frente á la cerrajería, y dedicáronse á esta industria de comprar y vender cosas viejas, ropas, calzado, muebles más ó menos averiados, colchones de difuntos, en fin, todo lo que se les ofrecía en buenas condiciones económicas; también prestaban á interés módico de real diario por duro á los vendedores ambulantes del barrio que no tenían capital, y no les hubiera ido mal del todo con su industria si hubiesen observado otra conducta, pero *Ulogia* era una mujer incapaz de toda prudencia y cordura, y no tardó en indisponerse con los vecinos y con sus mismos parroquianos, porque todo lo que sabía lo había de contar y no podía guardar un secreto un cuarto de hora siquiera, y así tuvo que andar á la greña con algunas señoras, que si ella era larga de manos no eran cortas las otras, y más de una vez ocurrió que en lucha la prendera sin vergüenza á puñadas, arañazos y mordiscos con verdulera ó con cintera de la calle, vió el público divertido algo más que las enaguas, nada limpias, de la *Ulogia*, teniendo que ampararla los guardias del orden, por donde fué

taban su trato gentes maleantes, tales como mujeres perdidas que empeñaban allí en sus continuos apuros las más precisas prendas de ropa; traperos de la calle que le surtían de pingajos por unos pocos céntimos; timadores y rateros que llevaban relojes ganados en la vía pública, en el tranvía ó en las iglesias y en todo sitio donde había apreturas, y como les urgía deshacerse de aquellas alhajas comprometedoras vendíanlas por muchísimo menos de su valor... Este ilícito comercio llegó á poner en grave aprieto á *Polonio* y su mujer, porque un día que no quisieron dar á un acreditado timador un dinero que les pidió para una urgencia, el juez recibió denuncia anónima de que en el tenducho de los toledanos hallaría muchas alhajas de mala procedencia, y en efecto las encontró y los puso á la sombra, dejando en libertad á la niña Margarita, á quien desde luego consideró inocente. Fué aquel golpe muy sonado; reunióse mucha gente delante de la nauseabunda tienda mientras estaba allí el Juzgado; y así como nadie tuvo lástima de los presos, á todos compadeció la situación en que iba á quedar la niña, que ni casa tenía, pues el juez mandó cerrar la tienda, y el escribano, después de poner los sellos correspondientes se guardó la llave. Pero allí estaba el Sr. Martín que, siempre noble y generoso, se hizo cargo de la hermosa criatura y la llevó consigo, diciendo á *Ulogia*, que no por ser mala mujer dejaba de ser madre y se afigía al separarse de Margarita: «Vaya usted tranquila por



En el Museo vió el Sr. Martín cómo fulguraban los ojos de su protegido contemplando aquellas maravillas de la pintura y de la escultura (dibujo de Huertas)

III

El tío *Polonio* y su digna esposa la tía *Ulogia*, como la llamaban todos, sin duda para economizar una letra, habían venido fugitivos de la provincia de Toledo; en uno de aquellos pueblos servía ella en casa de un labrador bien acomodado, y habiendo conocido al interesante *Polonio*, que era, aunque feo, seductor á su modo, encalabrínose la mujer de tal suerte que, sugestionada por su enamorado, cogió un puñado de onzas de las que tenía el amo en un puchero enterrado en la cuadra, y los dos viniéronse á Madrid, donde celebraron sus bodas luego que *Ulogia* se restableció de haber dado á luz á Margarita. El labrador toledano había tenido no sé qué obligaciones con la madre ya difunta de *Ulogia*, y por esta consideración no quiso dar parte á la justicia para que fuera perseguida la doméstica infiel, sobre que la pérdida de aquellas miserables onzas no le causaba gran perjuicio, porque era poseedor de otras muchas, y precisamente estaba harto de la *Ulogia*, que era puer-

muy conocida en las Prevenciones y en la Tenencia de Alcaldía y en el Juzgado municipal, porque repetidamente había de responder de las infracciones de ley que cometía, y á lo mejor desaparecía de la siniestra tienda de guñapos, y no por su gusto, sino porque estaba cumpliendo condena de unos días de cárcel, justo castigo á su perversidad. El marido, por su parte, guardábase bien de intervenir en las contiendas en que se empeñaba su mujer, porque decía que no quería perderse, y lo que no quería era habérselas con algún otro marido, menos blanco que él, ó padre ó hermano que pudiera armarle un pinchazo; y así, en barruntando que su mujer iba á armar bronca, escabullíase, si estaba en la calle, ó estando en casa metíase en lo profundo de la trastienda y no se le veía el pelo hasta que la cuestión estaba terminada, que entonces salía diciendo que si él hubiera llegado á enterarse de lo que pasaba, puede que alguno hubiese quedado tendido en medio del arroyo.

El matrimonio se hizo antipático á todo el mundo en el barrio, y al cabo de algún tiempo sólo frecuen-

su hija, que yo respondo de que no le faltará nada.»

Margarita, que acababa de cumplir los trece años cuando la justicia la separó de sus padres, tenía tres menos que el mudo Andrés, quien llevaba ya siete en la hospitalaria cerrajería. Andrés y Margarita se conocían; llena tenía el mudo su cartera de apuntes representando á Margarita, pero no habían tenido ocasión de comunicarse sus pensamientos. Profunda impresión produjo en Andrés la presencia de Margarita tan cerca de él, y en Margarita una pena muy honda la desgracia de Andrés. Creyó éste que podría entenderse con su compañera como con el Sr. Martín, escribiendo, pero Margarita no sabía leer. Sus padres no se habían cuidado de que aprendiera. ¡Qué contrariedad tan grande para el mudo!; pero allí estaba el bondadoso Sr. Martín que se impuso la tarea de enseñar á leer á la hija de los toledanos. Y tal empeño puso la muchacha en aprender, que á los dos meses ya leía sin trabajo lo que escribía Andrés, y no tardó mucho en saber escribir unas letras muy grandes como las que el mudo le ponía de modelo. En su

conversación escrita hablaba Andrés del Sr. Martín, de lo bueno que era, de la resignación con que, gracias al amor del cerrajero, llevaba él la desgracia de ser mudo y sordo, y preguntaba á Margarita si había aprendido á rezar, si, como él, decía todas las mañanas al levantarse el Padre nuestro, si conocía la Salve, el Credo, el Ave María... No, nada conocía en este punto la bella Margarita. Sus padres no rezaban nunca. Andrés escribió en grandes pliegos de papel en primorosas letras, imitando los tipos de imprenta, las oraciones todas que él sabía, y Margarita las aprendió de memoria y por la noche las repetía ante el señor Martín, que estaba en sus glorias, cuando terminada la faena, después de cenar, dedicaba un par de horas, hasta la de acostarse, á sus dos protegidos, y allí, en compañía de aquellas criaturas tan inocentes y tan sin ventura, experimentaba el más puro é íntimo de los placeres del alma, placeres desconocidos de los que no la tienen buena.

Poco duró la ventura de los tres, un año solo, porque al año justo apareció, cuando nadie la esperaba, la endiablada preñada, la madre de Margarita, que había sido puesta en libertad por haberse sobreesfuerzo respecto de ella en el proceso. La tía *Ulogia*, lo primero que hizo, antes de abrir la tienda, de que traía la llave, fué pasar á casa del Sr. Martín á recoger á su hija. La pobre niña ciñó sus brazos al cuello de su madre; pero después de esta natural demostración de amor filial quedó suspensa, aterrada, pensando que en aquel punto había de separarse del Sr. Martín y del mudo. Era allí tan venturosa, respiraba en un ambiente tan distinto del de su casa, había sido amada por aquel hombre y por aquel niño con tales delicadezas y ternuras, que parecía imposible habituarse otra vez á los desabrimientos y á la grosería de sus padres, á la suciedad de aquellos montones de guñapos de que estaban llenos los suelos y las paredes de la tienda y de la trastienda, en fin, á la vida triste y amarga de aquel medio en que había crecido como pudiera crecer en un muladar una flor de finísimo y delicado perfume.

(Continuará)

CARLOS FRONTEIRA

DESDE LA CORTE

(Crónica para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)

LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS MODERNAS

No voy á hacer una descripción más del público certamen á que ha concurrido la industria española. Los periódicos diarios se encargaron de darnos á conocer el aspecto general y el carácter técnico de la Exposición con la mayor oportunidad.

Mi tarea será breve y sencilla. Presentaré, aunque sea en mal hilvanado conjunto, un resumen de los principales adelantos, invenciones y progresos industriales que he podido notar. Labor breve porque son relativamente pocas las novedades que se ofrecen, y sencilla porque me limitaré á reproducir, y en muchos casos á copiar textualmente, concisas noticias facilitadas por los mismos expositores.

**

Casi nada hay relativo al arte de Gutenberg, y entre ese poco, que es una verdadera insignificancia, merece citarse el *Boletín del Círculo Filatélico madrileño*, publicación impresa por un procedimiento especial llamado *tricolor*, *multicolor* y también del *iris*.

Ramón Aramburo, de Barcelona, presenta una máquina fotográfica automática, y la viuda de Amayra y Fernández, de Madrid, exhibe preciosas fotografías en esmalte (vitrificadas), algunas ampliadas é inalterables y otras coloridas por un sistema nuevo.

Es curioso y revela ingenio el péndulo fotocronométrico cicloidal, aparato inventado por D. Gonzalo de Gabriel, que sirve para determinar el tiempo de

exposición útil de los diversos obturadores del comercio, sirviendo también para graduarlos y determinar la duración de los relámpagos artificiales. Puede igualmente aprovecharse para contar el tiempo de exposición desde medio segundo hasta 1,2000, y para demostrar experimentalmente la diferencia de forma



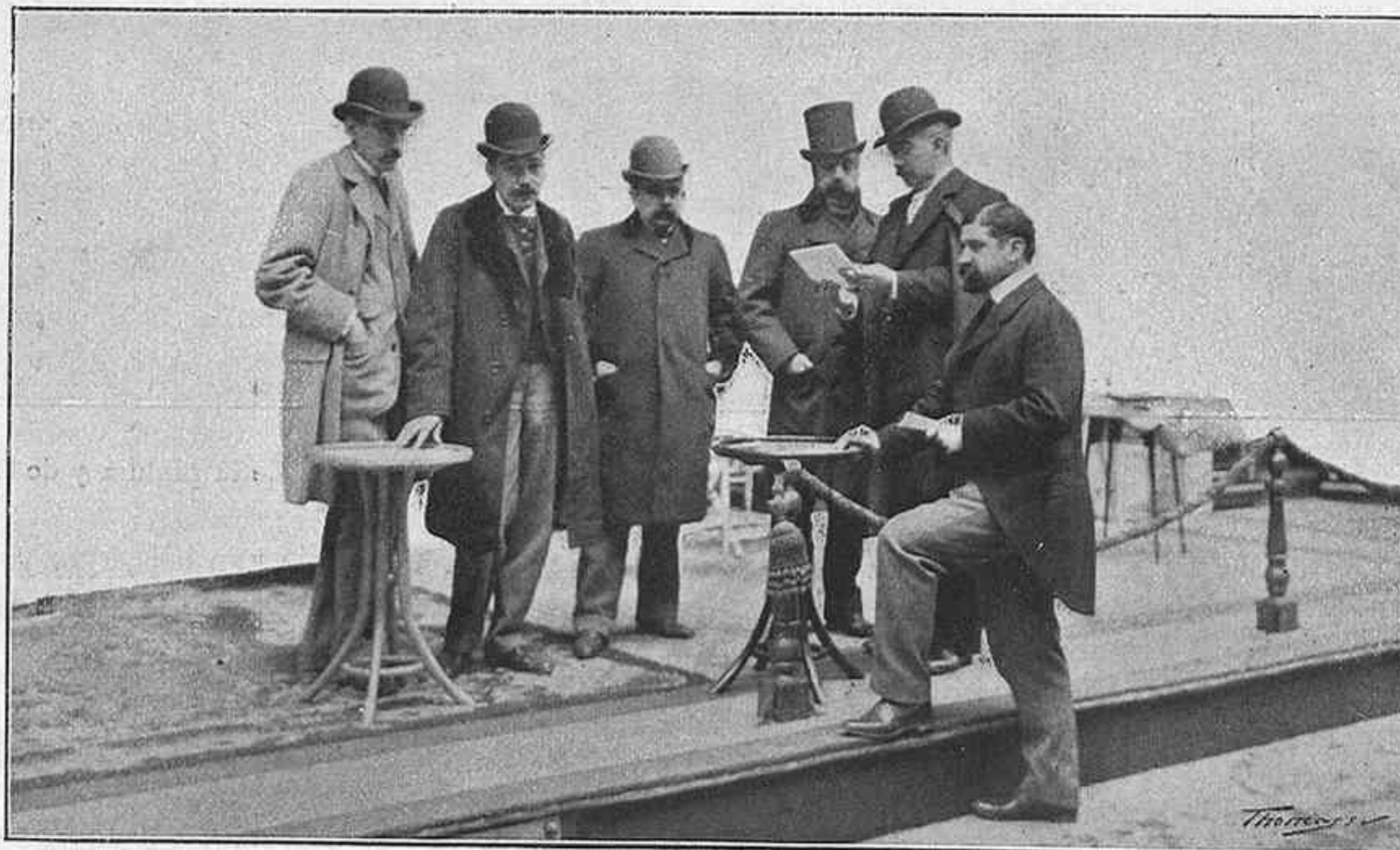
RICARDO STRAUSS,

director de orquesta en los conciertos del teatro Lírico de Barcelona

de las trayectorias de los péndulos simple y cicloidal y el tautocronismo de dicha curva.

**

En la sección de Agricultura, selvicultura y jardinería figura un arado Giralt, privilegiado en toda España. Es doble y giratorio, está construido con gran solidez y tiene la ventaja de ser muy fácil su manejo. Puede hacerse con él un trabajo superior á todos los ordinarios de su clase, siendo su garantía la gran aceptación que ha tenido por cuantos lo han usado. Hay también algunas instalaciones curiosas relati-



COMISIÓN EJECUTIVA DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS MODERNAS

vas á la cría y aprovechamiento de animales. Entre todas sobresale la de D. Salvador Castelló y Carerras, que da una idea de la *Granja Paraíso*, situada en la pintoresca costa de Levante de Cataluña, á las puertas de Arenys de Mar y á poca distancia de Barcelona.

Esta institución, que es la primera y única en su género en España, publica un boletín mensual ilustrado que se lee mucho y que ha obtenido premio en la Exposición de Avicultura de Bruselas de 1892.

En el grupo destinado á máquinas y sus accesorios, hay bastantes ejemplares expuestos, pero casi nada llama la atención del curioso que busca y rebusca lo extraordinario, lo sensacional. Ya se sabe que en esta esfera es en donde se ha revelado con más fuerza el genio del hombre en los últimos tiempos.

Aquí no faltan algunas máquinas originales, como una para picar tabaco al cuadrado y otras para hacer y encajetillar cigarrillos, presentadas por D. Valentín Silvestre Fombuena; hay también dos máquinas para hacer taponés y otras dos para cortar sopa, fabricadas por D. Miguel Escuder y D. Juan Más Bagá, ambos de Barcelona; pero en conjunto se observa muy poca novedad y escaso atractivo en los aparatos que se exhiben.

La sociedad anónima «Vasco-Belga» disfruta patente de invención de una caldera multitubular inexplorable, con tubos desmontables, que es acaso lo más notable que figura en este departamento.

La citada caldera se distingue por la supresión absoluta de fugas de agua en las juntas de los tubos, merced á la adaptación libre de los mismos. La calefacción es en ella verdaderamente metódica, y por lo tanto, el consumo se reduce al último límite. Ofrece también seguridad absoluta aunque falte el agua, siendo en consecuencia casi inexplorable.

D. Cándido Figueiras, de esta corte, tiene en la Exposición dos aparatos, un «estribo marcador de carruajes» y otro para bolsillo, titulado «contra rateros», que demuestran, sobre todo el primero de ellos, una grande inventiva. El estribo marcador de carruajes es un aparato igual á los que hoy se usan en la generalidad de los carruajes, teniendo en su fondo ó caja un orificio cilíndrico y otro rectangular, destinados para el paso de dos piezas que están colocadas en la plancha superior y que ponen en juego las colocadas en el cajón. Con este aparato se evitan en gran parte los fraudes que pueden cometerse por los conductores de carruajes en perjuicio de las

empresas, pues en el momento de subir en el coche las personas que van á ir en él, queda indicado en la cinta del estribo marcador de carruajes el número de personas que han subido al mismo.

Otra invención útil es la de un ascensor locomóvil para casos de incendio, que se debe á D. Manuel Varana Ruiz. Mediante una fácil combinación, puede elevarse el aparato en cincuenta segundos hasta una altura de 18 metros.

Significan un progreso indudable para el ciclismo las cámaras inestables, ó con protectores para las ruedas de los velocípedos. La cámara inestable, concebida y fabricada por don Emilio León Arnaiz, es un tubo de goma que sirve de receptor del aire para las ruedas neumáticas de los velocípedos y carruajes, el cual va cubierto y defendido por otro tubo de piel que impide á la goma formar hernias y por lo tanto estallar.

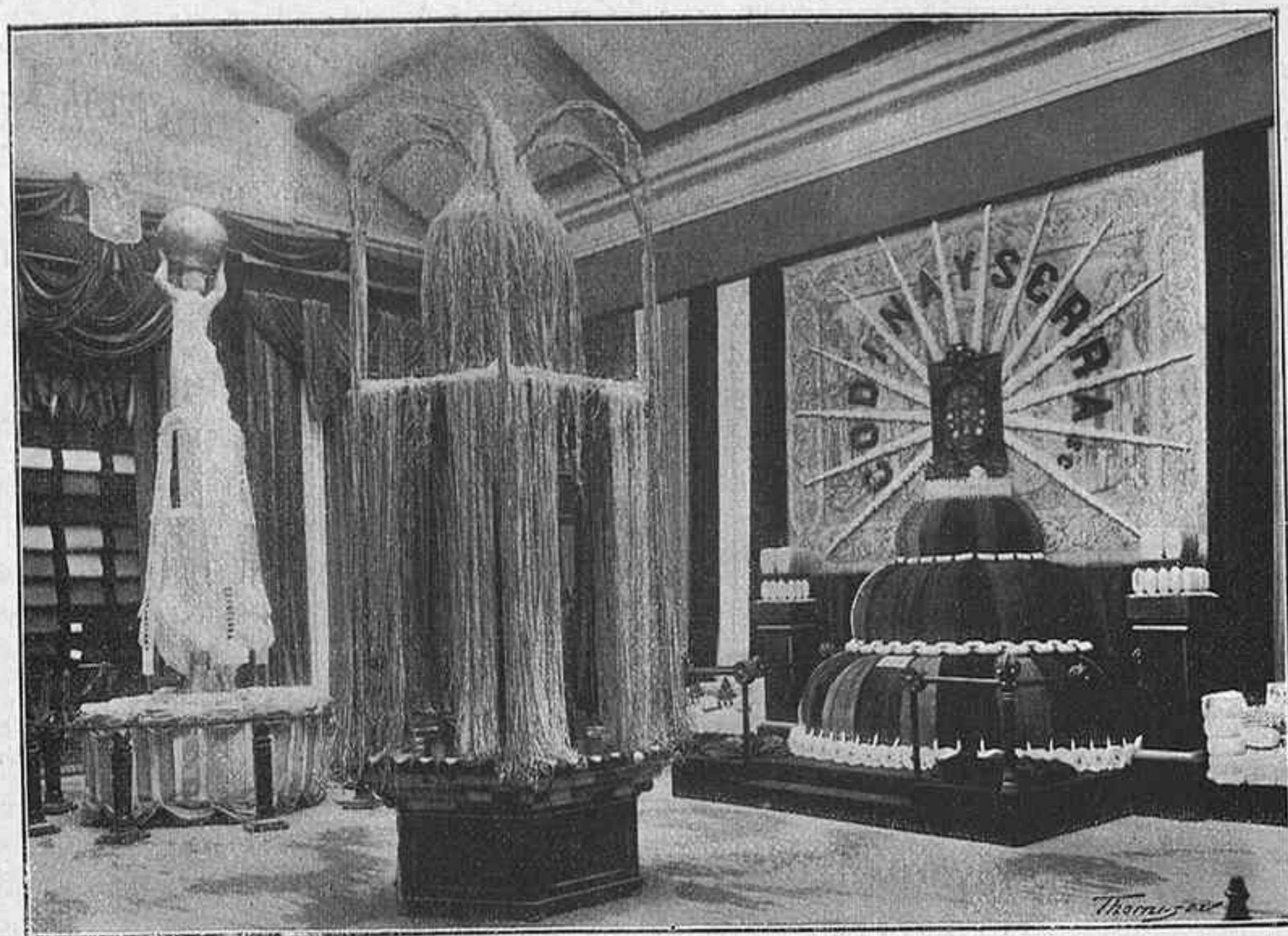
**

Mención especial, siquiera sumaria, merecen otras instalaciones, y entre ellas la de los Altos Hornos de Bilbao, cuyos hierros y aceros gozan de fama universal; las de industrias metalúrgicas de Vizcaya y Asturias; la de cervezas de la casa Mahou, de Santander, que surte á casi toda la Península, así como á Cuba y Filipinas; las de los establecimientos oficiales como el Museo Naval, Administración militar y fábricas de armas de Toledo, Sevilla, Oviedo y Trubia, llamando la

atención el mapa en relieve de España y el plano de Bilbao que ha presentado el Cuerpo de Ingenieros.

Por su grandiosidad y belleza debe mencionarse también la de la *Real fábrica de tapices*, donde expone su director, el Sr. Stuyck, magníficas alfombras, tapices, bocetos y cartones, así como pequeños telares que dan idea al visitante del modo de funcionar esta fábrica, justo orgullo de la industria nacional española.

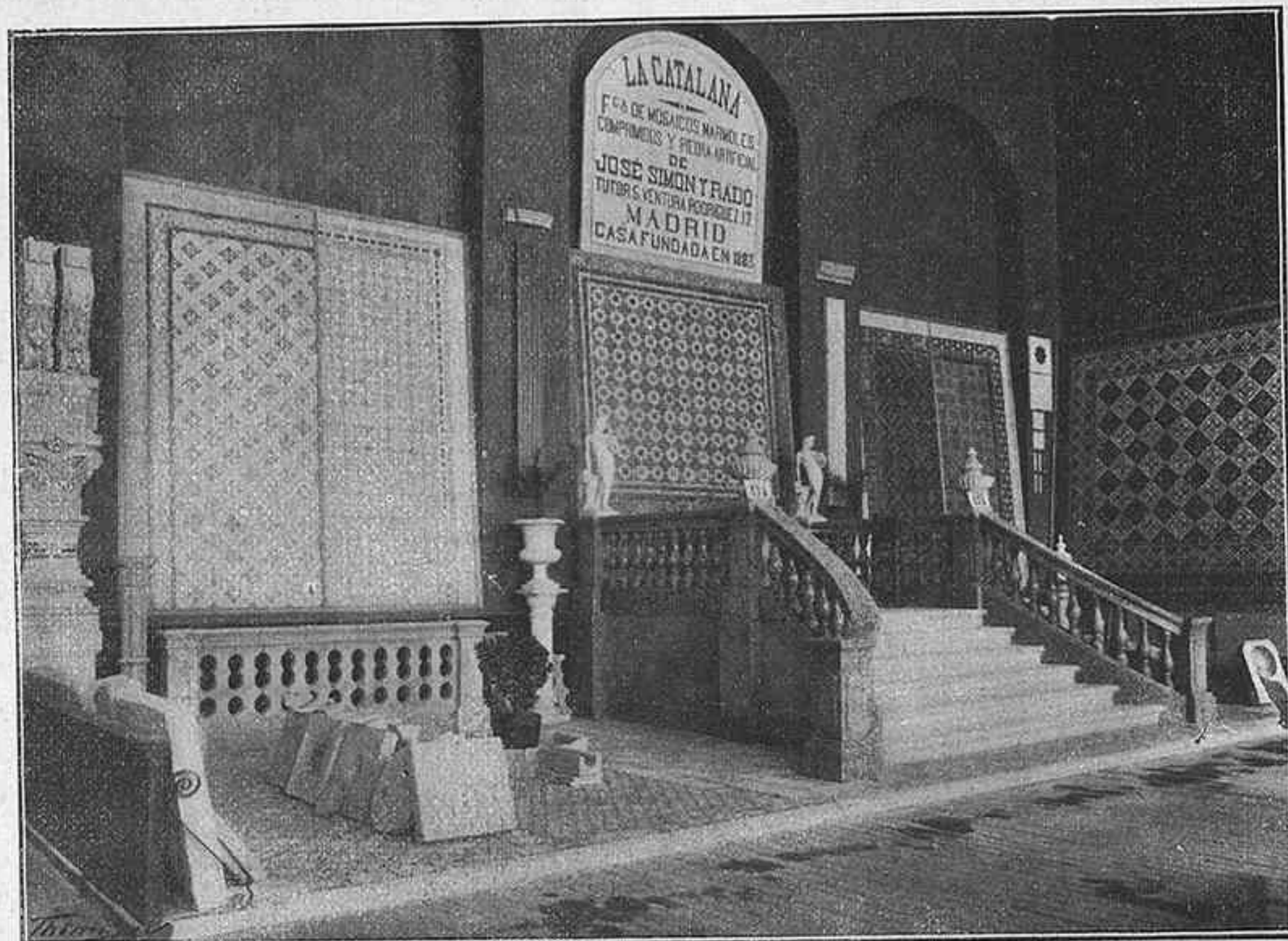
Por lo que hace á la especial de Cataluña, está ade-



TELAS FINAS DE FABRICACIÓN CATALANA



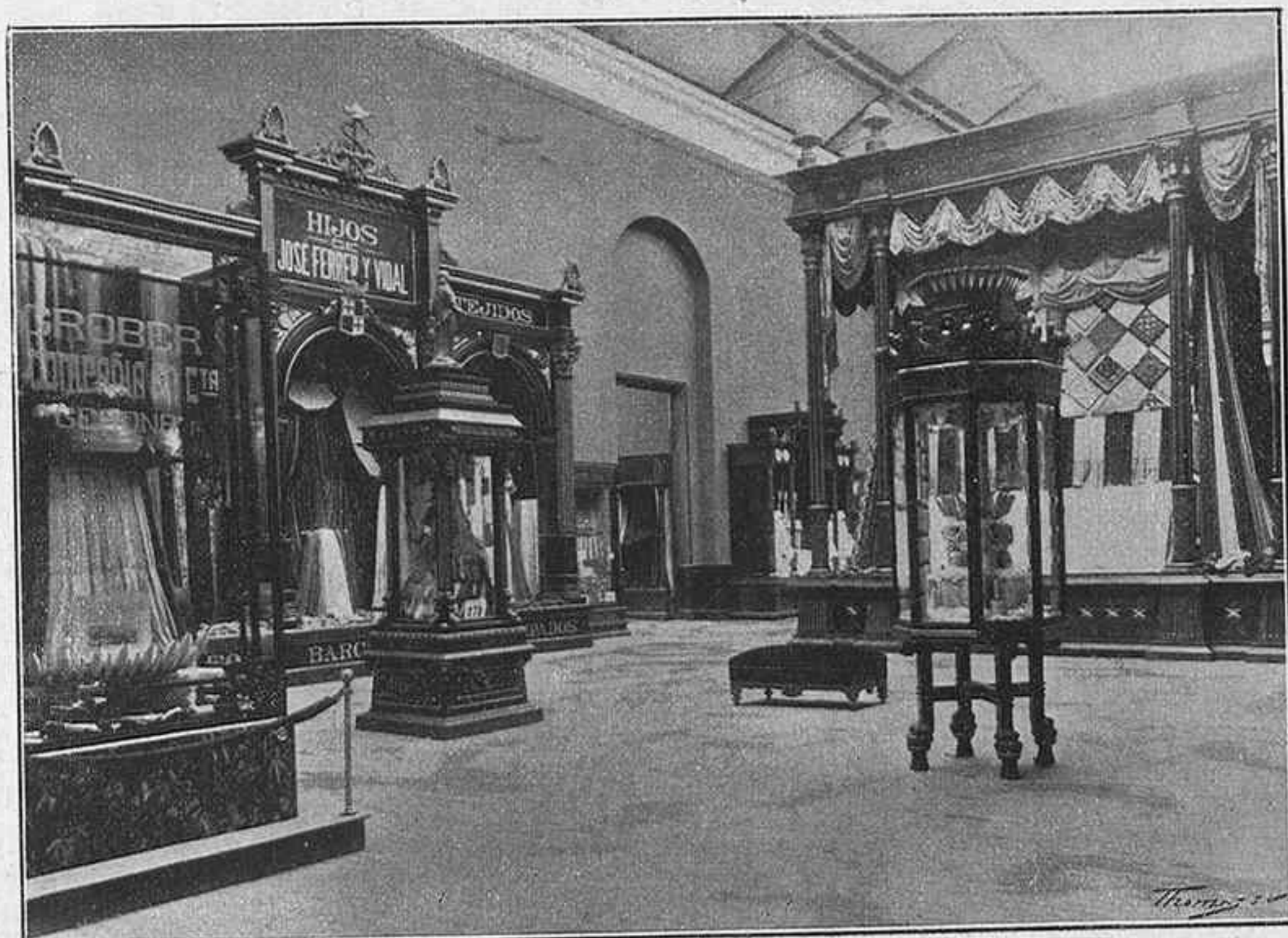
SALA DESTINADA Á INDUSTRIAS DIVERSAS



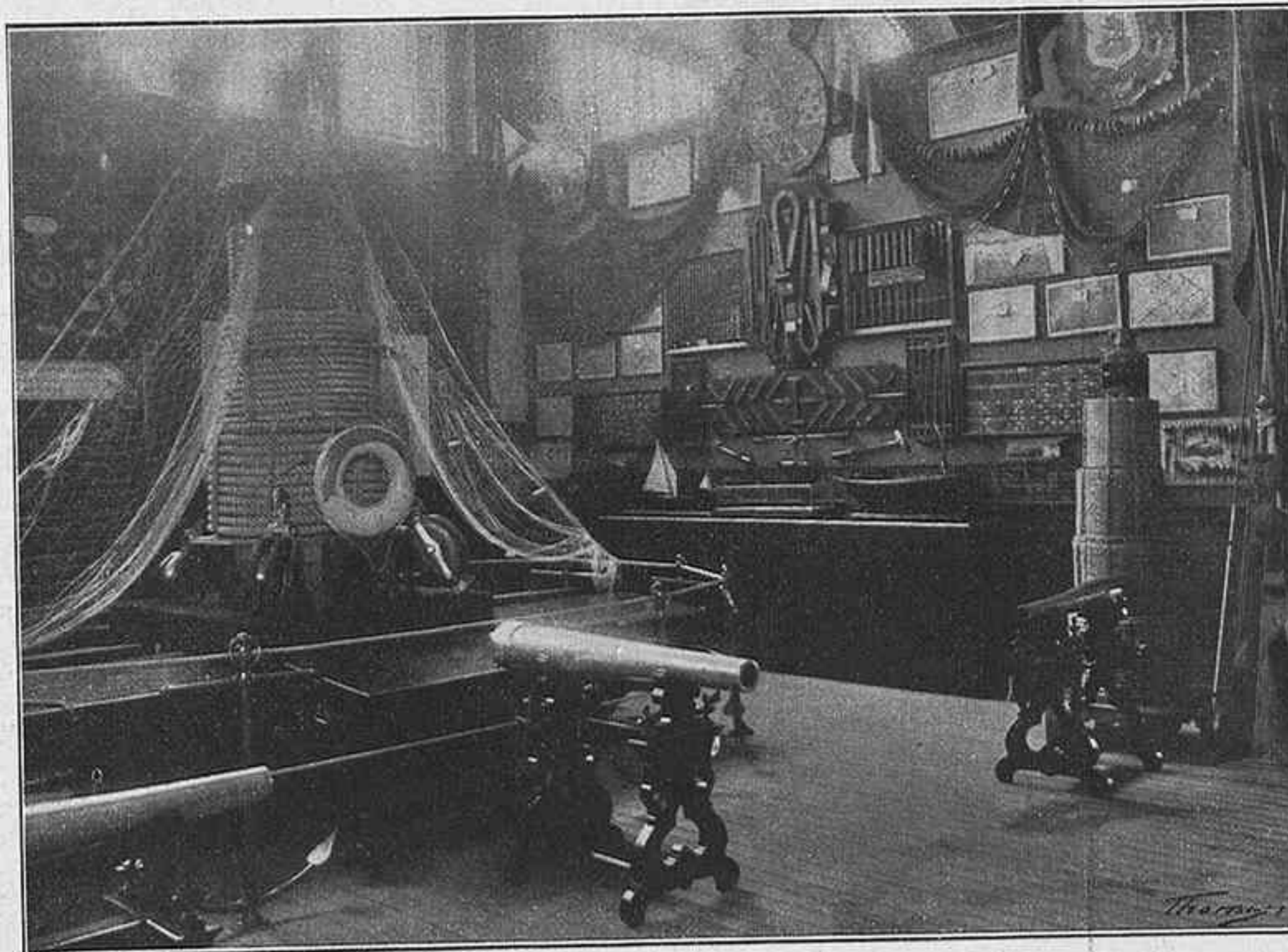
DECORADO PARA EDIFICIOS Y HABITACIONES



INSTALACIONES DE INDUSTRIALES DE TARRASA



SECCIÓN DE HILADOS, TEJIDOS, VESTIDOS Y ACCESORIOS



INSTALACIÓN DEL MUSEO NAVAL

EXPOSICIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS MODERNAS (de fotografías de Franzen)

más dignamente representada, tanto por lo que hace á tejidos de seda, lana y algodón, de los que son gallarda muestra la mayoría de las instalaciones, en las que se ven piezas de tela hechas con la misma, si no mayor perfección que sus similares del extranjero, cuanto por lo que respecta á otros productos industriales, por ejemplo, los bronce y objetos artísticos de hierro de Masriera y Campins, de Barcelona, que exponen curiosísimas y hermosas muestras de su industria, tan afamada en España. Los ejemplares que presenta en bronce de arte han sido todos fundidos á *cera perdida*. Esta industria, introducida por el expositor en 1891, se ha presentado en nuestra Expo-

sición de un modo artístico y que llama la atención general. Son también notables las instalaciones del producto de las minas del señor marqués de Villamejor y el material de ferrocarriles de la sociedad asturiana *La Felguera*. En bujías presentan curiosas elaboraciones las casas de Rocamora, de Cataluña y Lizariturry y Rezole, de San Sebastián. Para concluir esta ligera reseña, citaré tres aparatos que aparecen instalados en la sección de electricidad. Uno de ellos, «el limita-corrientes-Castilla,» sin muelles ni mercurio, invención del expositor

D. Vicente Castilla González, que tiene solicitada patente en el presente año. Los otros dos son un arca para guardar caudales, blindada por medio de la electricidad, y una cerradura eléctrica para puerta de piso. Ambos aparatos son de invención del expositor don José Pol Jover, residente en Tarrasa.

En cuanto á las instalaciones, en su mayoría magníficas y dispuestas con tanto gusto como arte y originalidad, los grabados que se acompañan darán una ligera idea de algunas de ellas.

GABRIEL R. ESPAÑA



HIMNO RELIGIOSO, cuadro de Woldemar Friedrich



GANIMEDES ARREBATADO AL EMPÍREO POR UN ÁGUILA, cuadro de Frank Kirchbach

NUESTROS GRABADOS

Evangelina Cisneros, insurrecta cubana.—Hay personas insignificantes á quienes una circunstancia casual en que accidentalmente intervienen da cierta notoriedad, mas por lo mismo esta notoriedad es tan transitoria que en breve ni



EVANGELINA CISNEROS, insurrecta cubana

queda recuerdo de ella. Así sucederá seguramente con la joven cubana cuyo retrato damos. Su intervención en la tentativa de secuestro del comandante militar de la isla de Pinos y la novelesca evasión de la cárcel en que fué encerrada á consecuencia de esta tentativa, han hecho que los periódicos se ocuparan de ella con insistencia por espacio de algunas semanas, y que hasta se cruzaran, según se dice con fundamento ó sin él, varias notas diplomáticas relativas á su prisión. Hoy se halla libre en los Estados Unidos, muy festejada por los laborantes cubanos, cuyo entusiasmo por ella no tardará en desaparecer, del propio modo que se olvida y relega á un lado todo instrumento que ha dejado de ser útil.

Ricardo Strauss, compositor y director de orquesta.—A pesar de ser muy joven, pues sólo cuenta treinta y tres años, Ricardo Strauss ha adquirido ya una fama tan merecida como sólida. Nació en Munich en 1864, heredando las aptitudes musicales de su padre, distinguido profesor de la orquesta real y de la Academia de aquella capital de Baviera; de él recibió las primeras lecciones, pasando luego á estudiar con el profesor Meyer, quien conociendo el genio y entusiasmo del joven Ricardo, alentó sus nacientes aspiraciones, que revelaban ya sus conatos de introducir audaces novedades en la composición. Deiz y seis años solamente tenía cuando se dió á conocer con una inspirada sinfonía; á ésta siguieron otras hasta que el poema sinfónico *Las jugarretas de Till Eulenspiegel*, personaje legendario alemán, cimentó su popularidad, que desde entonces ha ido en progresión creciente. Laborioso cuanto entendido, ha escrito además los siguientes poemas: *Macbeth*, *Muerte y transfiguración*, *Así habló Zoroastro*, *Don Juan* y la ópera *Gottram*, así como numerosas canciones para piano y canto y varios corales; en la actualidad trabaja en otro poema que llevará por título *Don Quijote*.

Si como compositor ha demostrado con estas obras su mucho valer, como director de orquesta se distingue de un modo tan notable que en concepto de muchos críticos es casi superior por el segundo concepto al primero. En efecto, con Levi, Mott y Richter comparte la dirección de los conciertos de las obras de Wagner en Beyruth; los ha dirigido también en Meiningen y últimamente ha conquistado unánimes aplausos en Munich como director del ciclo wagneriano y de las mejores composiciones de Mozart.

Precedido del renombre justamente adquirido, se ha presentado ante nuestro público en el teatro Lírico, y puede decirse que llegar y vencer ha sido todo uno. Y no sólo ha vencido como director de orquesta, sino también como compositor, dando á conocer su preludio de la ópera *Gottram* y su poema *Don Juan*, que ha suscitado tempestades de aplausos. Como todos los innovadores, porque Ricardo Strauss lo es, es y será muy discutido, pero el genio al fin se sobrepone á la crítica más ó menos apasionada, y el del joven músico es de los que confirman á pesar de todo una brillante reputación.

Himno religioso, cuadro de Woldemar Friedrich.—Escena patética é interesante trazada de mano maestra por el artista alemán. La familia, entre la que al parecer se cuentan excelentes músicas, hállase reunida á esa hora de la tarde en que todo invita á la plegaria, y haciendo cada uno de sus individuos uso de sus conocimientos en aquel arte, eleva sus preces al cielo entonando un sentido himno religioso: la música y la oración, consuelo de las tiernas almas. Que una y otra absorben á los protagonistas de esta escena familiar, lo demuestra la expresión de sus semblantes, impregnada de dulce arroboamiento y de piadosa unión.

Ganimedes arrebatado al empiro por un águila, cuadro de Frank Kirchbach.—Según cuenta la Fábula, Ganimedes fué un joven troyano, tenido por el

más hermoso de los mortales, por lo cual fué elegido por los dioses para servir de copero á Júpiter, el principal de ellos, y vivir en el Olimpo en medio de los inmortales. A este efecto el mismo Júpiter, descendiendo á las llanuras de la Troade en forma de águila, arrebató al gracioso adolescente y le transportó al empiro. Diferentes obras escultóricas y pictóricas se han inspirado en esta fábula, siendo las más notables entre las primeras una estatua griega que se conserva en el Museo Vaticano, y entre las segundas, dos cuadros, uno de Miguel Angel y otro de Rembrandt, existente aquél en la colección imperial del Ermitage en San Petersburgo y éste en el Museo de Dresde. Tal vez el lienzo de Kirchbach no esté pintado con la maestría peculiar de tan insignes artistas; pero debe confesarse que no carece de vigor y de expresión, que el asunto está bien tratado y que da perfecta idea de la mitológica tradición del rapto de Ganimedes.

Monumento que la Trasatlántica dedica á sus empleados que perecieron en la catástrofe del «Cabo Machichaco.»—Llamaba poderosamente la atención en Ciriago el suntuoso monumento erigido por la Compañía Transatlántica á los oficiales y tripulantes del vapor *Alfonso XIII* que perecieron en la tarde del 3 de noviembre de 1893 en la explosión del *Cabo Machichaco*, en cuya inmediación y á bordo se hallaban prestando auxilio para la extinción del incendio.

Sobre una gradería descansa un lujoso féretro, que cubre una vela de un barco casi totalmente.

El trabajo del féretro, hecho en piedra negra, es delicadísimo; pero es mucho más el de la vela, que llega al extremo de ser preciso tocarla para adquirir el convencimiento de que no es tela, sino piedra, lo que se mira.

Junto á la cabecera del féretro se eleva una columna formada por un haz de columnitas delgadas y truncada con gracia especial.

Sobre la basamenta y al pie de la columna se ve en una hornacina una efigie de la Virgen del Carmen, á la que todos los hombres de mar profesan especialísima devoción, fundida en bronce y obra de arte acabadísima.

No es menos hermosa la cruz, fundida en bronce, que se ve á la mitad de la altura de la columna y superpuesta sobre ésta.

El proyecto es de la casa A. Cabezas y está construído por los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona.

Y si en detalles hay que rendir tributo de admiración á la obra, el conjunto no puede ser más severo y propio del objeto.

Ante aquel monumento se siente algo que no sólo recuerda seres perdidos para siempre, sino también algo que evoca á la memoria una hecatombe.

En los costados del monumento se ve, al pie de la columna, por un lado la popa de un buque ardiendo y por el opuesto la proa con el botelón roto.

En ambos costados y en la parte posterior del pedestal se leen las tres siguientes inscripciones en caracteres góticos:

«El día 3 de noviembre de 1893, á las dos de la tarde, se inició fuego en la bodega del vapor mercante *Cabo Machichaco*, surto en la bahía de Santander, y encontrándose fondeado también en la misma el vapor correo *Alfonso XIII*, de la Compañía Transatlántica, acudió á sofocar el incendio el vapor auxiliar de dicha Compañía con los jefes, oficiales y tripulantes, cuyos nombres constan en este monumento, á pesar de saber éstos que á bordo se encontraba formando parte del cargamento buen número de cajas de dinamita.

»Pocas horas después, y cuando todos se encontraban en el buque, explotó dicha substancia, destruyendo instantáneamente el vapor incendiado y totalmente el vaporcito auxiliar, causando la muerte á todas las personas que en éste se encontraban y ocasionando horribles estragos y sensibles pérdidas de vidas é intereses en toda la población.

»Dios tenga en su seno las almas de las víctimas.»

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—COPENHAGUE. — La exposición internacional celebrada en la capital de Dinamarca ha sido, según parece, un verdadero fracaso, pues además de haber tenido muy pocos visitantes, las ventas no han llegado á la cantidad de 1.000 coronas (unas 1.400 pesetas).

PEZENAS.—En esta población del departamento del Herault (Francia) se ha inaugurado un monumento á Molière que se considera como una de las mejores obras del escultor Injalbert: el busto del poeta álzase sobre un pedestal, á cuyo pie está sentado un sátiro; en el lado opuesto á éste se ve la figura de una *soubrette* sentada y arrojando flores. Este monumento ha sido erigido en conmemoración del hecho de haber Molière permanecido con su compañía de cómicos durante el invierno de 1655 á 1656 en Pezenas, en donde, bajo la protección del príncipe Conti, hizo representar sus primeras comedias mientras se celebraban allí los Estados del Languedoc y en donde escribió su famosa obra *Las preciosas ridículas*.

BERLÍN.—El emperador de Alemania ha encargado al famoso pintor polaco Kossak una serie de cuadros históricos sobre las guerras napoleónicas, especialmente sobre la campaña de 1814. Estas pinturas están destinadas al regimiento de guardias de corps, que tanto se distinguió en esta campaña.

Teatros.—En Buenos Aires se ha estrenado con buen éxito una ópera de E. Parrizza titulada *Il fidanzato del mare*.

—La comedia inglesa *The Circus' Girl* ha producido en un año á la empresa del teatro de la Gaiety, de Londres, 83.191 libras esterlinas (2.079.775 pesetas).

—En el teatro Carl Rosa, de Londres, se ha cantado con gran éxito la ópera de Puccini *La Boheme*.

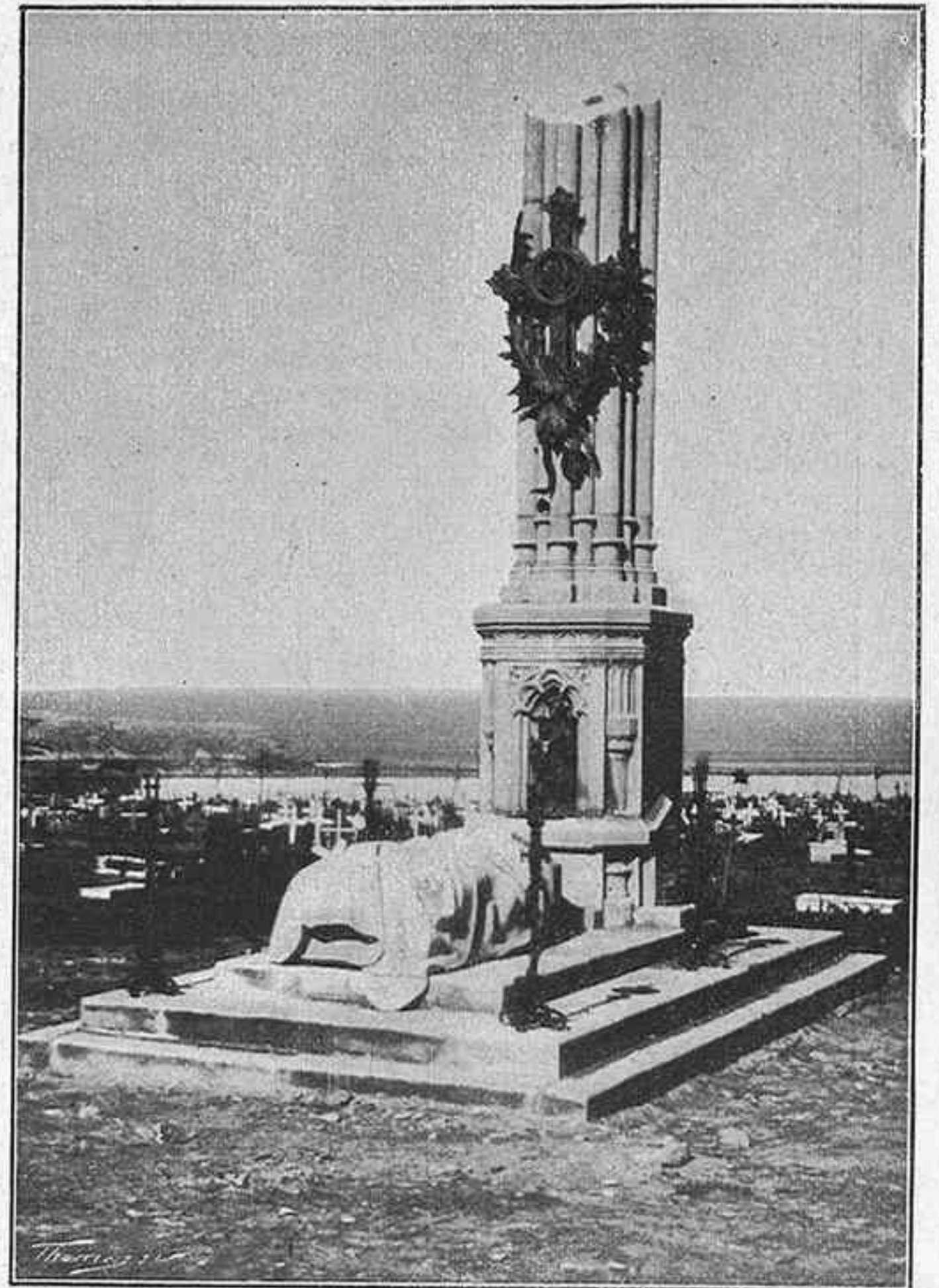
—En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha representado con gran éxito el entremés de Cervantes *La guarda cuidadosa*, arreglado á la escena alemana por R. Gené.

—La comedia de Molière *La escuela de las mujeres*, arreglada al alemán por Luis Fulda, ha sido muy aplaudida en el teatro de la Corte, de Munich.

—La ópera de Puccini *La Boheme* ha sido cantada con muy buen éxito en el teatro Coven garden, de Londres.

Madrid.—En el teatro de la Comedia se ha estrenado con éxito verdaderamente extraordinario la tradición madrileña *El guardia de corps*, letra de los Sres. Vela y Servet y música del maestro D. Tomás Bretón. La obra está escrita con gran primor, en versos muy lindos, inspirados y sonoros, y contiene agudezas bastante ingeniosas. La partitura contiene ocho ó diez números, sobresaliendo entre ellos una delicada romanza de tiple, un coro de introducción y otro de alguaciles y guardias, un dúo de triples y unos *couplets*. La señorita Pretel, encargada del papel de protagonista, lo desempeñó de un modo admirable. Al terminar la representación el público tributó una ovación á los autores del libro y de la música, haciéndoles salir repetidas veces á la escena.

Barcelona.—El día 20 del actual se inaugurará en el Gran teatro del Liceo la temporada lírica con la ópera *Don Carlo* de Verdi. De la compañía forman parte, entre otros artistas, el maestro Ferrari, las señoras Bortalba, Carrera, Darlé y Teodorini, y los Sres. Garulli, Kauschmann y Navarrini.



Monumento conmemorativo que la Compañía Transatlántica dedica á sus empleados que perecieron en la explosión del «Cabo Machichaco» (3 de noviembre de 1893) según fotografía del Sr. Urtaun

Necrología.—Han fallecido:

Francisco Javier Wegele, historiógrafo alemán, catedrático de la Universidad de Wurzburg, miembro de la comisión histórica de la Academia de Ciencias de Munich.

Carlos Smart Roy, ilustre médico inglés, profesor de patología de la Universidad de Cambridge.

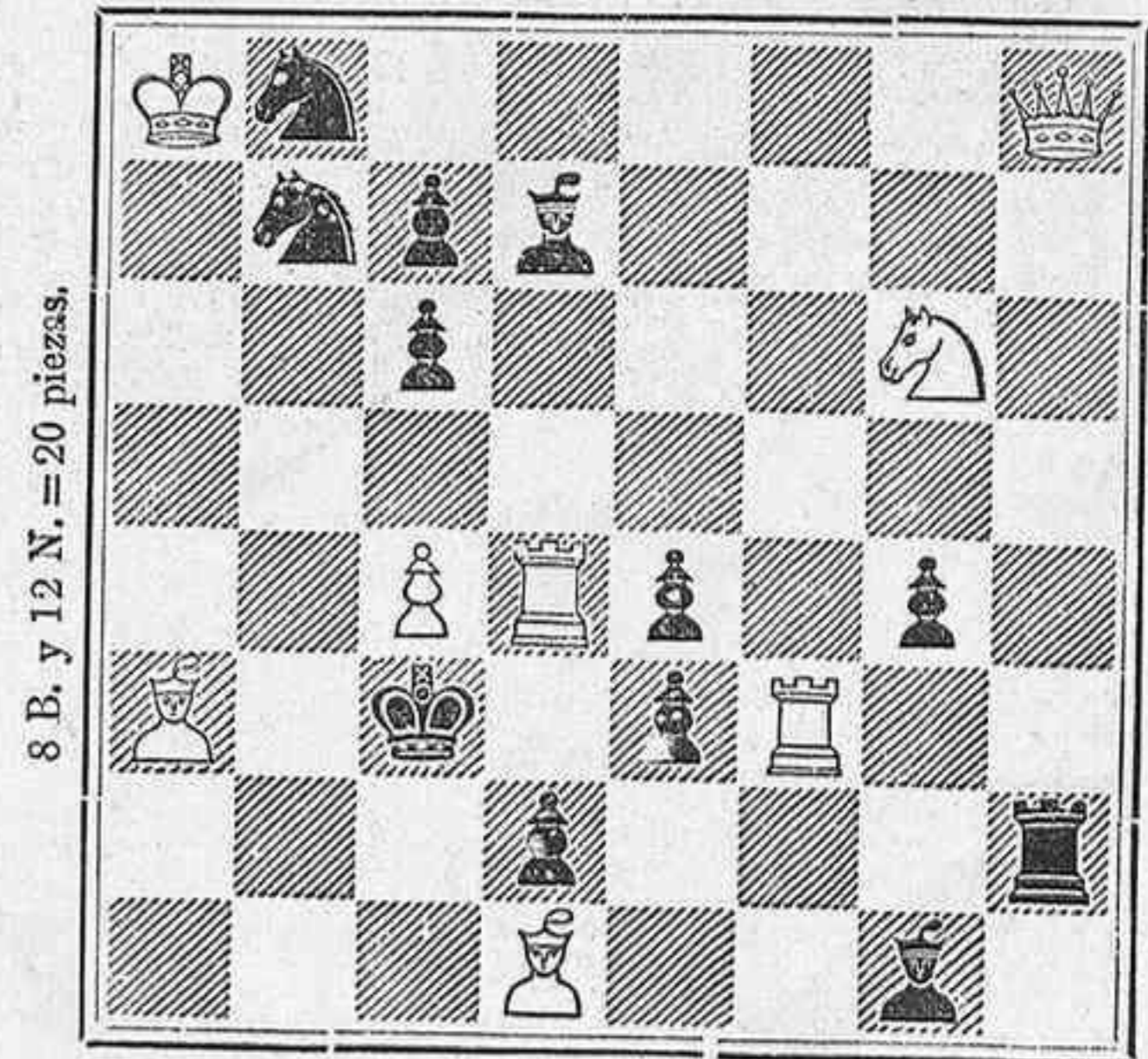
Eduardo Simón, publicista francés, decano de los periodistas parisienses.

José Luis Albareda, notable escritor y político español.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 95, POR VALENTÍN MARÍN
Primer premio ex æquo del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 94, POR J. CARBÓ.

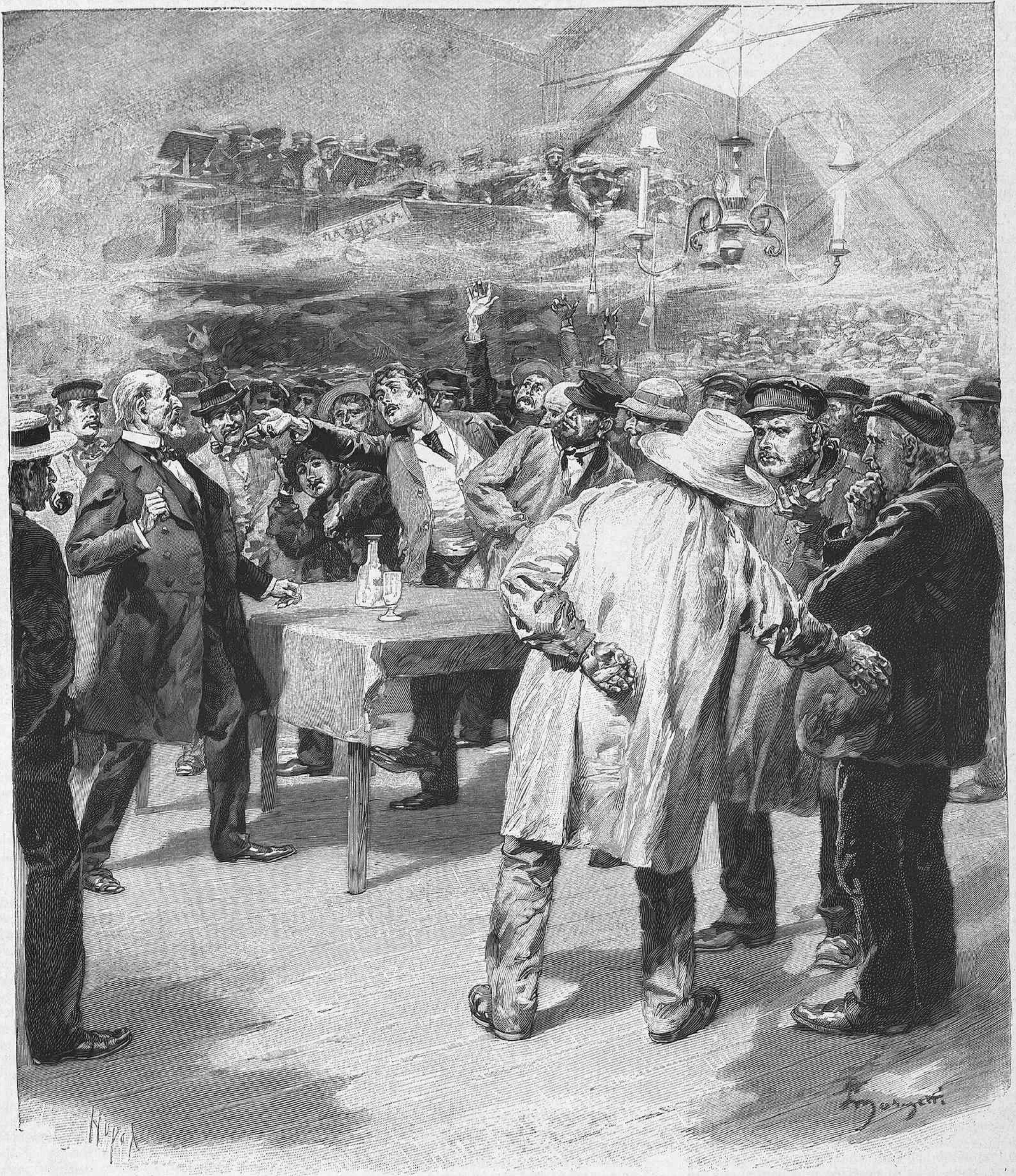
Blancas.

1. T toma P
2. R5 CD
3. P4 R mate.

Negras.

1. A toma T jaque (*)
2. A juega.

(*) Si 1. A2 CR; 2. A6 R jaque, y 3. C2 AD mate; — 1. R5 AD; 2. T4 R jaque, y 3. T4 D mate. La amenaza es 2. A6 R mate.



Frente á él, Tranchebize se erguía iracundo, y á su alrededor el auditorio gritaba frenéticamente

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— Usted no sabe lo que pasa en los Muriaux, dijo. Pues bien, el cura está allí.
 — ¿El cura?, dijo Muterel. ¿Y á qué ha ido?
 — Eso es lo que yo le pregunto á usted. Entraba en la granja en el momento de salir yo. Ahora bien: usted me ha dicho que el vizconde, mi competidor reaccionario, ha visitado hoy á los Chantavoine, y el cura y el vizconde son una misma cosa. ¿No es verdad? Lo cierto es que ya no salen de la casa de su

padre político de usted, y ahora deduzca usted las consecuencias.
 — ¡Diantre!, exclamó Muterel.
 — Evidentemente, continuó el médico, se prepara un golpe. El vizconde ha venido esta mañana para sondear el terreno, y habrá catequizado al viejo con buenas palabras, pues ya sabe usted tan bien como yo que Chantavoine en el fondo se ha conservado siempre reaccionario... ¡En fin, viéndole vacilar, el

vizconde habrá querido hacer entrar en juego su reserva, es decir, el clericalismo! Y ahí está el cura, que se aprovecha de la enfermedad de la mujer para insinuarse como una serpiente en la conciencia del viejo. Con la habilidad maquiavélica de los hombres de su profesión, le atemorizará refiriéndole una serie de siniestras pataratas, y entonces...
 — ¡Mil millones de diablos!, gritó de nuevo Muterel.

- Entonces, prosiguió Tranchevize, el resultado no se hará esperar. Chantavoine votará por el vizconde, y yo quedaré burlado.

- ¡No, no votará! ¡Yo soy quien le dice á usted que no votará!

- ¡Bah! ¿Qué sabe usted? ¿Es usted acaso su amo, y no quedó chasqueado en otra ocasión? ¿No rehusó siempre firmar el proyecto que usted había formado de enterrarle civilmente, á él y á su mujer, con lo cual su adhesión á nuestra sociedad del libre pensamiento es puramente platónica?

- ¡Es verdad! No he podido convencerle en este punto, á causa de haber servido en la cofradía y del empeño que tiene de ser enterrado como hermano de la misma.

- Bien lo ve usted; el clericalismo ejerce siempre su imperio sobre él, y ejercerá más que nunca en las circunstancias actuales, cuando su mujer está perdida.

- ¿Cree usted que morirá?

- Indudablemente; no pasará la noche. ¿Quién le dice á usted que el cura no se aprovechará de su ausencia, de su debilidad?..

- ¿Cree usted que sea capaz aún de firmar un papel?

- ¡Oh! Eso no se puede saber...

- ¡Pero de todos modos, no puede faltar á su hija!

- Sin duda; pero se necesita tan poco tiempo para manifestar una voluntad..., para hacer un gran regalo... En fin, á usted corresponde ver; si yo estuviera en su lugar vigilaría muy de cerca.

- ¡Seguramente que vigilaré! Gracias por el aviso, y confíe usted en que el padre Chantavoine marchará con nosotros, y que el señor cura se irá á su casa más que de prisa. Hasta la vista, ciudadano Tranchevize.

- Ciudadano Muterel, hasta más ver.

El doctor subió á su vehículo y emprendió la marcha muy contento y satisfecho de su conversación.

El señor alcalde, después de algunos segundos de lucha con su jaco, que continuaba sus galanterías, saltó á su carricoche, hizo chasquear su látigo y corrió como un huracán hacia la granja de los Muriaux.

VIII

En el entretanto la vida de la señora Chantavoine se extinguía rápidamente. A su agitación había sucedido el coma, y sin ser reconocido de la moribunda, el cura de Berneville había practicado las unciones santas sobre sus miembros ya fríos. En aquel momento Chantavoine y Juanita la veían morir, comprendiendo que la receta del médico era inútil, y que la medicina llegaría demasiado tarde; y mientras el sacerdote, de rodillas á los pies del lecho, recitaba las últimas oraciones, los dos permanecían de pie é inmóviles, llenos de lágrimas los ojos.

Chantavoine estaba trastornado; su compañera le abandonaba para siempre; ella, que hacía treinta años que gobernaba su casa. Aquella muerte le hería en su afecto, en sus intereses, en lo más profundo de su ser; en aquel instante supremo, el pasado le acosaba dolorosamente, recordándole los trabajos, las fatigas, los ahorros acumulados lentamente, los buenos y los malos años, toda aquella vida, en fin, soportada en común con la pobre mujer que yacía allí y cuyas facciones, contraídas ya, presentaban el sello siniestro de la muerte. Y sus faltas, su carácter dominante y celoso, su tenaz avidez de campesina y todo lo que muchas veces le había hecho sufrir desaparecía ante el dolor de verla marcharse así, aniquilada de golpe y dejándole aislado ante la desgracia.

Juanita lloraba sin hacerse todas estas consideraciones, obedeciendo naturalmente á su corazón de buena muchacha, muy sumisa y tierna. El ama, como llamaba á su tía, había tratado siempre con dureza, haciéndole pagar muy caro el pan que le daba; pero Juanita no pensó nunca en todo esto. Huérfana y sin recursos, le había parecido muy natural que la trataran con dureza, y no se comparaba con Coralía, la hija de la casa, la señorita educada á gran coste en un colegio caro. Sin profesar á su tía el mismo afecto que á su tío Juan, no se arrepentía de haberla sufrido con paciencia, y afligíale sinceramente una muerte que hacía desgraciado á su tío.

De repente, el rumor producido por un carricoche que rodaba con mucha rapidez sobre los guijarros del patio los estremeció; abrió la puerta de la sala, resonaron pesados pasos, y en el umbral apareció Muterel. Aparentando no ver al sacerdote, miró un instante hacia el lecho, y dirigiéndose después á Chantavoine, le dijo en voz alta:

- ¿Conque al fin ha venido la granizada?

Chantavoine inclinó la cabeza como un culpable.

- Es verdad, contestó, ha venido.

- Bien le dije á usted que se asegurase; pero usted no ha querido hacerlo, porque es usted testarudo como un asno viejo. ¿Y qué hará usted ahora?

Chantavoine, no sabiendo qué decir, miró á su yerno con aire suplicante; pero Muterel se encogió de hombros. En aquel momento la moribunda profirió una especie de gemido, y con el brazo que conservaba libre comenzó á tirar de la sábana hacia su rostro.

Juanita se precipitó de rodillas junto al lecho, y el cura continuó sus oraciones con voz más fuerte.

- Todo eso, continuó Muterel, por no haberme escuchado. ¡A fe mía, tanto peor para usted! Al fin se cansa uno de ayudarle, y puesto que se halla usted en tan buen lugar con el señor vizconde, dígame que pague su arriendo al papá.

- ¡Tío Juan, tío Juan, gritó Juanita, mi pobre ama se va!..

- ¡Ah, Dios mío, mi pobre mujer! ¡Duelo y miseria, todo á la vez!

Y con profundos sollozos, arrodillóse junto á la joven.

Muterel permaneció un momento indeciso en medio de la habitación; después acercóse á su vez maquinalmente y miró. Los estremecimientos de agonía habían cesado en un espasmo supremo; la madre Chantavoine estaba echada é inmóvil, con los ojos muy abiertos.

- ¡Ya concluyó!, dijo Muterel.

Chantavoine y Juanita se levantaron, llorando y gimiendo; Muterel retrocedió con un movimiento de terror, pues los ojos fijos de la difunta le impresionaban, y encontróse cara á cara con el sacerdote, que cerraba su breviario.

- Señor cura, dijo, ¿podríamos hablar un minuto?

- A sus órdenes, señor alcalde. Pasemos á la sala si usted gusta, y será más conveniente.

Cuando hubieron salido del aposento, Muterel continuó:

- Señor cura, ¿en qué estado se hallaba la enferma cuando usted llegó?

- ¡Ah, señor alcalde, no me ha reconocido!

El rostro de Muterel se serenó.

- ¡Entonces, repuso, no ha podido decir nada!

- ¡Oh! Evidentemente que no.

- ¿Está usted seguro de que no la han hecho firmar papeles?

- ¿Qué papeles?

- ¡Yo no lo sé..., papeles como los que se firman para expresar voluntades..., hacer donativos!

- Le repito á usted, señor alcalde, que la señora Chantavoine no tenía ya conocimiento cuando yo llegué aquí. ¿Qué hizo antes? No lo sé, ni tampoco me importa. Y con esto tengo el honor de saludar á usted.

Muterel dejó entrar al sacerdote un instante en la habitación, y salir después, haciendo un saludo ceremonioso, sin fijar al parecer la atención en él; pero cuando Juanita cruzaba la sala, detúvola, preguntando:

- Di, Juanita, ¿qué ha hecho tu tía con el cura?

La joven volvió hacia él su rostro bañado en lágrimas.

- ¿Qué quiere usted que haya hecho, si ya no tenía conocimiento?

- ¿Entonces no ha firmado nada?

- ¡Oh! Seguramente que no.

- ¿Por qué habéis enviado á buscar al cura?

- Porque sabíamos que el ama quería verle.

- Es posible; pero yo no quería eso. El padre Chantavoine no ganará nada contrariándome siempre así.

- Primo, no es mi tío Juan el que envió á buscar el cura; yo lo hice, y si hay en ello algún mal yo tengo la culpa.

- Deberías ocuparte de las gallinas y de los conejos, y no de otra cosa.

- No se enfade usted, primo.

- Pero bien saben que no me agradan los curas.

- También sabe usted que el ama no estaba por el libre pensamiento, como usted dice...

- Sí, sí, porque ella quería que la enterrasen los hermanos de la cofradía, luciendo sus bonetes. Muy bien; era preciso dispensarle sus manías; pero no necesitaba un cura en su cuarto para morir.

- ¡Oh, primo!

- He aquí lo que pierde á las mujeres, la beatitud; pero todo tiene sus límites. ¡Que no vuelva yo á ver aquí ninguna sotana, ó de lo contrario la cosa irá mal.

- Yo creía que usted estaba por la libertad de todos.

- ¡Vamos, bueno! ¿Qué hace el padre Chantavoine?

- ¿Qué hace? Está orando junto á su pobre esposa. No tiene usted por ventura corazón cuando me pregunta eso.

- Es que... yo quisiera hablarle..., es preciso que vuelva á Varenchies para avisar á Coralía. Dile, pues, que venga.

- ¿No puede usted esperar un poco? Debo ir á buscar ropas. Dentro de dos minutos vendré á velar al ama, y usted podrá hablar.

Juanita salió, y entonces Muterel comenzó á pasear por la estancia á largos pasos. Hubo un momento en que se acercó á la habitación mortuoria; mas en el instante de empujar la puerta retrocedió, pensando en los ojos de la muerta, que le daban miedo. Volvió á sentarse junto á la chimenea; acercó dos tizones que se carbonizaban debajo de la olla pendiente de la cadena, y absorbióse al parecer en la contemplación de la ligera columna de humo que comenzó á elevarse en el hogar. El gato de la madre Chantavoine, sentado enfrente de él, observaba también con interés los progresos del fuego, que se volvía á encender lentamente. De improviso prodújose una pequeña llama que osciló con suavidad en las puntas aproximadas de los tizones; al mismo tiempo oyóse la queja de Chantavoine, que sollozaba en la habitación, y Juanita entró llevando un montón de ropa.

- Voy á decir á mi tío Juan que venga, murmuró, deteniéndose un momento delante de Muterel; pero convendrá que no le aturda usted hoy la cabeza con los negocios, pues hartos pesares tiene ya.

Por toda contestación Muterel se encogió de hombros, y esperó, muy resuelto á poner en claro la situación en una conferencia decisiva con su suegro.

Al cabo de un instante Chantavoine compareció, desfigurado por las lágrimas, sosteniéndose con dificultad, y se dejó caer pesadamente en su sitial de costumbre, en el extremo de la mesa de haya, delante del gran reloj normando que comprara al montar la casa, cuando se casó, y que había sonado todas las horas en vida de aquella que ya no existía.

IX

Muterel le miró algún tiempo sin pronunciar palabra, y á pesar de la extremada dureza de su corazón, cerrado hacía largo tiempo á todo cuanto no fuese cálculos de interés ó de política, no pudo menos de experimentar un poco de compasión.

- Comprendo, dijo, que esto le haga sentir á usted algo.

Chantavoine comenzó á lamentarse de nuevo.

- ¡Ah, sí que me hace algo!, exclamó. ¡Quién lo hubiera dicho esta mañana, Dios mío, quién lo hubiera dicho!

- ¡Qué le vamos á hacer; son cosas que las fuerzas del hombre no pueden impedir; cuando uno muere, muere; no hay más remedio! A usted no le es posible hacerla resucitar, y por lo tanto, más vale no afligirse.

- ¡Una mujer que siempre se había mantenido tan firme, hasta que vino esa maldita enfermedad!

- ¡Ah, sí; quién había de pensar!..; pero esto no impide que fuera ya una mujer gastada.

- ¿Pues y yo? ¿No soy también un hombre gastado?

- ¡Oh! En cuanto á eso, sí, también lo es usted; no voy á decirle lo contrario; y buena prueba de ello es que se ha dejado dominar por el granizo.

- ¡Ah, sí, el granizo, es verdad; no solamente pierdo la mujer, sino también mis trigos, mis avenas y mis remolachas! ¡Si seré desgraciado!

- No tan sólo es usted desgraciado, sino que tiene la culpa de ello.

- ¿Yo la culpa?

- Si su mujer ha muerto, la culpa no es de usted; pero sí la tiene de no haber asegurado su hacienda.

- ¿Podía yo prever lo sucedido?

- Podía usted haberme escuchado; pero siempre desconfió de mí, como de costumbre.

- ¡Cómo puedes decir eso! ¿Desconfió yo acaso cuando te dejé todos nuestros bienes?

- No hablo yo de eso.

- ¡Ya lo creo que no hablas; pero disfrutas de ellos, lo cual vale más! ¡Ah, pobre esposa mía, eso es lo que la mató, ver que no teníamos ya nada y que tú nos lo habías tomado todo.

- ¡Vaya una manera de hablar! Cuando yo hago un regalo, no llamo ladrón á quien favorezco.

- Sí, pero tú no haces nunca regalos.

- Todo eso no tiene nada que ver con el granizo. Era preciso asegurarse.

- No tenía dinero.

- ¡Eso es una necedad, puesto que se paga al año siguiente! Usted ha perdido toda su cosecha. ¿Cómo se arreglará ahora?

- ¡Pardiez! Si tú no me ayudas...

- ¿Y con qué le ayudaré? ¿Cree usted que yo tengo lo suficiente para pagar sus arriendos?

- Si yo conservase aún mi hacienda, no me vería apurado, prosigue.

- Y no es eso todo. Siempre trata usted de buscarme disgustos.

- ¿Qué disgustos te he dado?
 - ¿No ha visto usted hoy al vizconde?
 - ¿Podía yo ponerle á la puerta?
 - Por lo pronto, usted es amigo suyo.
 - Cierto que la familia del señor conde es buena gente; mas no soy por eso su amigo, bien lo sabes.
 - No debe usted decir que no lo es, puesto que ha venido aquí para hablar de su elección y usted le ha escuchado. La prueba es ese cura que estaba aquí hace poco.

- ¡Necedades! Por lo pronto, yo no envié á buscar al cura; pero tampoco podía echarle de aquí. Y además, ¿qué daño ha hecho?

- ¿No tenía otra cosa que hacer que estarse aquí para cantar los evangelios? Dígame usted, ¿para qué sirve esto?

- ¡Si no hace bien, tampoco puede hacer mal!

- ¿Cree usted en eso?

- Yo no sé; tal vez sí, tal vez no. Mi mujer creía á veces en ello, y en cuanto á Juanita, cree de lleno.

- ¡Juanita! ¡He aquí una á quien debería usted enseñar á mezclarse tan sólo en sus asuntos.

- ¡Ah, deja tú en paz á Juanita! Creo que está en mi casa, y no en la tuya. Es la hija de mi hermano, y aunque éste fuera un pobrete, era mi hermano; y ella es una Chantavoine. Te prohibo ocuparte de ella, y ya está dicho.

- Muy bien; ya conocemos su máxima; pero no la eche usted tanto de orgulloso, porque esto no le sienta bien ahora. Mejor será que hablemos de su asunto.

- Eso es lo que yo quiero.

- Ya es usted viudo; pero esto no le impide ser arrendatario. Será preciso, pues, pagar el plazo de Navidad, sin contar lo que aún queda del de San Juan; y el conde no le hará gracia de ello. ¿Con qué dinero pagará usted? El temporal ha destrozado la cosecha; los trigos se han perdido, y están revueltos de tal modo, que al mejor operario se le quedaría clavada la hoz entre ellos: las remolachas no tienen ya hojas, y hasta las raíces de las patatas están cortadas.

- ¿Tanto destrozado hay?

- Vaya usted mañana á verlo á primera hora; yo lo he mirado bien al venir, porque aún había bastante luz para contemplar ese hermoso espectáculo.

- Pues entonces venderé mi ganado si es preciso.

- ¿Y cómo abonará usted las tierras sin animales?

- Compraré abono.

- ¿Y con qué lo pagará? ¿Cómo lo hará usted después para comprar de nuevo ganado?

- Emplearé el tiempo que sea necesario para reponerme.

- ¿Y la escritura de arrendamiento? ¿La ha leído usted? Dice que en su granja ha de haber siempre animales suficientes.

- Veré al señor conde; y comprendiendo la cosa, no es hombre capaz de querer la miseria de los demás. Me dará tiempo.

- ¡Eso es, pida usted caridad al conde! ¡Oh! Bien se la hará, pero no de balde. Primeramente será necesario trabajar para el vizconde, y hacer que le elijan; de modo que yo vuelva á quedar reducido á no ser nada. Le he conocido á usted en un tiempo en que se proponía que su hija fuese la primera en Varençieres; mas parece que esto ha cambiado. Le obligarán á usted á votar contra Tranchebize, y cuando se vea esto en el país, la elección del vizconde como diputado será segura, con lo cual todo habrá concluído para mí. Bien sabe usted que Tranchebize está enfermo, que le queda poca vida, y que por eso yo le empujo hacia adelante, porque cuando haya hecho los gastos para obtener el cargo no se aprovechará de él, y entonces me lo apropiaré yo: se hará la cosa y yo recogeré los frutos. Llegaré á ser diputado como el agua llega á nuestro estanque, y su hija de usted será la primera entre las primeras. Pero si usted es quien nos hace la guerra, entonces...

Muterel se había exaltado con su discurso; una oleada de bilis comunicaba un tinte verdoso á sus pálidas mejillas; sus ojos de expresión burlesca revelaban una malicia ambiciosa, y sus patillas, de un rubio sucio, se erizaban alrededor de su rostro. Chantavoine se atemorizó ante aquel hombre terrible y maligno; sintióse impotente y desarmado; sus pobres astucias de campesino viejo se debilitaron; embrolláronse sus ideas, y de su cerebro, trastornado por la desgracia, se apoderó la desesperación con la conciencia de lo irremediable, de lo imposible. Chantavoine se cogió la cabeza con ambas manos como para impedir que estallase, y el otro continuó:

- El vizconde será elegido diputado gracias á usted; volverá de arriba abajo todo lo del país, y cuando Tranchebize muera, ni siquiera podré ser consejero general en su lugar. En Varençieres hay algunos que me quieren mal, los del partido del cura, todos los reaccionarios; y en el Consejo tengo cinco que



¡Jamás abandonaré á usted, tío Juan; se lo prometo por lo que más quiero!

me buscan disgustos por todas partes. En las próximas elecciones municipales, toda esa gente marchará con el vizconde, y yo seré arrojado de la alcaldía. Ya no mandaremos en nada, y como los vencedores no necesitarán más de usted, el conde le dirá el mejor día: «¡Eh, Chantavoine, se retrasa usted mucho en sus arriendos; será menester que pague eso; además no veo muchos carneros en sus rediles y me parece que en sus establos hay pocas vacas. Es preciso cumplir las condiciones del contrato, y no empobrecer mis tierras por falta de ganado!» Y como el dinero no habrá vuelto aún, á menos que haya usted encontrado el medio de hacer producir á la tierra napoleones, le venderán lo que tiene, viejo pícaro. ¡Siga usted adelante; yo le prometo venir á la subasta de sus efectos!

- ¡Pero Dios mío, Dios mío, gimió Chantavoine, qué quieres que haga! No quieres hacer nada por mí, ni quieres tampoco que haga nada por mí el conde. ¿Quieres, pues, que me arroje en mi cisterna?

Muterel se paseó algún tiempo por la sala sin contestar; su cólera, fingida ó verdadera, se había desvanecido bruscamente, y su fisonomía tomaba la expresión de placidez estúpida que le era habitual. Introdujo ambas manos en sus bolsillos, detúvose delante de Chantavoine, y haciendo sobresalir su vientre, sobre el cual se ostentaba una gruesa cadena de plata, dijo con aire bonachón:

- Sin embargo, tal vez podría hacerse algo.

El viejo levantó la cabeza, y miróle con aire sorprendido, sin atreverse á decir nada.

- He aquí de lo que se trata, prosiguió Muterel. Claro es que no puede usted salir de apuros por sí solo. Será preciso ayudarle; pero ¿cómo hacerlo?

- Sí, eso es, se apresuró á decir Chantavoine, recobrando un poco de esperanza.

- ¿Qué es lo que aún le queda en el mundo hoy día? Nada más que su hija, y por ella trabaja usted, ¿no es cierto?

- Seguramente.

- Usted no tendrá empeño ahora en ganar dinero para sí. ¿Qué haría usted con él á su edad? Lo que ahora necesita es vivir tranquilo, y desde el momen-

to en que tenga la subsistencia asegurada, creo que no pedirá usted otra cosa. ¿No es verdad?

- Prosigue y sabremos.

- Pero comprenderá usted que no se puede garantizar á usted eso sin exponerse á perder. Suponiendo que quisiéramos sacar á usted del apuro, esto puede costarnos bastante, y seguramente que nos costará mucho, tal vez más de lo que podemos hacer, pues ¡quién responde del día de mañana!.. En fin, para explicarnos bien, diré que sería necesario que por lo menos existiera la esperanza de que ganásemos algo más adelante.

Muterel se calló, fijando su mirada en Chantavoine, que permanecía mudo y visiblemente desconfiado; pero su actitud revelaba tanto desaliento y tristeza, que su yerno juzgó que podía decirlo todo.

- He aquí, continuó, lo que ahora me ocurre. Usted seguirá siendo arrendatario del señor conde para todo el mundo; pero entre nosotros firmaremos un papel.

- Sí, sí, repuso Chantavoine con expresión sombría, tras eso andabas tú, buen mozo, y ya te he visto venir desde lejos.

Muterel tomó un aire de hombre ofendido.

- Está bien, dijo; desde el momento en que lo toma usted así, no hablemos más de ello; pero es muy duro que no quiera usted creer nunca á sus hijos. Ni siquiera sabe usted qué contendría ese papel.

- ¡Pues dílo y veremos!

- En primer lugar, nosotros le garantizaríamos á usted todos sus gastos, alojamiento, alimentación, y todo cuanto necesite.

- ¿Y á Juanita?

- A Juanita también, si usted tiene empeño en ello. Usted seguirá siendo aquí el dueño para mandar á los criados, y gobernar la granja como antes; pero...

- ¿Pero qué?

- Ya no trabajará usted para sí mismo, sino para mí. Como nosotros somos los que daríamos el dinero, para nosotros habrían de ser las ganancias, y sin mandarle á usted, yo sería quien dirigiría su cultivo á mi gusto.

- ¡Es decir, que yo seré tu primer carretero!

- Mediante eso yo pagaré al conde los atrasos, tomando de mi hacienda para satisfacer el plazo próximo; pero en el papel

usted me cederá la propiedad de sus animales, carros, monturas, y en fin, todo.

- Eso quiere decir que no me quedaría ya absolutamente nada.

- ¡Pero puesto que le aseguran la subsistencia!..

- ¿Y qué diría el conde de todo esto?

- ¡El conde! ¿Qué le importa? Desde el momento en que se le paga..

- Pero podría decir que se ha cambiado la escritura sin pedirle parecer.

- No se trata de cambiar la escritura, pues siempre será usted el obligado respecto á él, y además no sabrá nada de nuestro convenio.

- ¿Y cómo firmaremos el papel?

- El notario Sr. Griffon lo arreglará todo.

Chantavoine comenzó á reflexionar con la cabeza entre las manos, y Muterel esperó un poco, jugando con los dijes de su cadena; mas al ver que su suegro no le contestaba, díjole con dureza:

- Ya sabe usted que nada le obliga. Si no quiere entenderse conmigo, dueño es de obrar como guste; pero no venga después á buscarme para pedirme dinero. Usted es viejo ya, y yo le ofrezco el medio de no carecer de nada y morir tranquilo; pero una vez que usted haya rehusado, buenas noches... Usted no me contesta, y lo siento mucho. ¡Será uno animal cuando es viejo! Si á mí me propusieran semejante cosa, me daría por muy feliz aceptando...; pero se cree que uno tiene mala intención, que se podrá mejorar, y que se hará salir el dinero de la tierra cual si fuese trigo.. ¡Como si usted no supiera lo que es la agricultura! ¡Ah, es cosa muy afortunada!, ¿verdad?

Y se gana mucho con ella, ¿no es cierto? ¿Usted no ve que si no fuera por consideración, jamás pensaría en hacer semejante cosa? ¡Gastar el dinero sin saber si se recobrará; incurrir en gastos sin estar seguro de que produzcan!.. Porque, hablando con franqueza, la granja de usted es pobre, muy pobre, falta de abonos y de estiércol, pues hace años que apenas le da á usted lo estrictamente necesario para que no olvide que lo tuvo en otro tiempo. Se necesitaría, pues, abonarla mucho. Y si vende usted su ganado para pagar al conde, ¿qué cosechará el año próximo? Cardos y gra-

ma; nada más... ¡Vamos, siga usted por ese camino, ya verá cómo el conde le obliga a vender hasta las camisas, y no hará mal! ¡Eso no me importará ya; y en cuanto a Coralía, le prohibiré ayudar a usted, enténdame bien, se lo prohibiré!

Chantavoine no tenía ya fuerzas; el pesar, la desconfianza y el temor le habían anonadado. Buen obrero, labrador endurecido a la fatiga, siempre fué débil de espíritu, con la cabeza mal organizada para calcular y prever. Su mujer le había gobernado y dominado; solamente ella hubiera podido infundirle esperanza y valor, hacer frente a su yerno y encontrar tal vez qué contestarle..., mas ahora estaba allí inmóvil en su lecho de muerte. ¿Qué hacer? ¿Qué sería de él? Su pobre inteligencia pedía gracia; los oídos le zumbaban; parecían que en su cráneo descargaban recios golpes sordos, que era una campana lanzada a vuelo, y al fin comenzó a llorar como un niño.

De pie, delante de él, su yerno le anonadaba con una mirada de triunfo y de desdeñosa compasión. Considerábase vencido, pero no quiso llevar más lejos la victoria por temor de comprometerla.

— Escuche usted, padre Chantavoine, dijo, es necesario darle a usted tiempo para reflexionar sobre el asunto, pues no se le pone el puñal al pecho. Sabido es que desgracias como esa trastornan a un hombre... Yo me marcho; es preciso que hable a Coralía, la cual no sabe que su madre ha muerto. ¡Calcule usted cuál será su pesar! Vendremos mañana a primera hora, y entonces veremos si es usted más razonable.

Y cogiendo la mano de su padre político, la sacudió con afectada franqueza. Chantavoine le dejó hacer; pero cuando su yerno llegaba a la puerta, díjole:

— ¿No echas del agua bendita?

— ¡Es verdad!, contestó Muterel, después de vacilar un segundo.

Y entró en la habitación mortuoria. Juanita, que estaba orando, se levantó y presentóle una rama de boj.

Muterel roció el cadáver; después paseó a su alrededor una mirada recelosa, hizo la señal de la cruz, y salió a largos pasos, como avergonzado de lo que había hecho.

Al atravesar la sala se detuvo de repente, como si desconfiase aún, y acercándose a su suegro le dijo:

— Vamos, Chantavoine, dígame una cosa: el cura..., ¿no ha podido mi suegra decir nada?

— ¡Ah! Seguramente que no; la pobre mujer no tenía ya conocimiento cuando él llegó.

Muterel sonrió, sin disimular su satisfacción; aquel informe convenía con los dos primeros.

— Vamos, pues, hasta mañana suegro; y no se aflija usted, la muerte es la muerte.

Un momento después, el rumor del carricoche, rodando por el patio, anunció a Chantavoine la marcha de su terrible yerno; levantóse pensosamente, y vió en la puerta de la habitación a Juanita, que le miraba con los ojos llenos de lágrimas. Entonces levantó los brazos, exclamando:

— ¡Ah, muchacha, qué día!

Sin moverse del sitio, Juanita hizo el mismo ademán, contestando como un eco:

— ¡Ah, tío Juan!

— ¿No has oído lo que ha dicho?

— Hubiera debido ser sorda para no oírlo. ¡Gritaba de tal modo y usted lloraba tanto!..

— ¿Y qué piensas de todo eso?

— Es preciso no firmar el papel, tío Juan.

— Pero si no lo firmo, me dejarán...

— Allí veremos...

— ¿Y mi arriendo..., el granizo?..

— Trabajaremos.

— Pero de todos modos habremos de pagar este año.

— Hablaré al señor vizconde.

— ¿Crees tú que el conde lo llevará con paciencia?

— ¿Y si los otros no cumplen sus promesas?

— Puesto que constarán en el papel...

— ¡Ah, tío Juan! Los papeles dan siempre la razón a los que pueden pagar a la gente.

— ¿Quieres, pues, que me indisponga con Muterel?

— Yo no quiero nada; usted lo ha de ver; pero en el lugar de usted, yo desconfiaría.

— Entonces sería preciso votar por el vizconde...

— ¡Es claro!..

— En este caso la miseria ya no nos abandonará.

Los dos guardaron silencio: había sobrevenido la noche, y por la ventana que daba a los campos penetraba en la habitación la pálida luz del crepúsculo que se extinguía, mientras que en lo más obscuro de la estancia los tizones del hogar producían un resplandor rojizo. Chantavoine y Juanita apenas se veían uno a otro. De pronto el tío se levantó, y dirigiéndose hacia su sobrina, apoyó ambas manos en sus hombros.

— Escucha, Juanita, dijo con voz alterada, yo no sé qué haré, pues todo lo veo muy nebuloso; pero bien quisiera tener alguna persona con quien contar...

Suceda lo que quiera, tú permanecerás junto a mí hasta que muera. ¿No es verdad?

Juanita contestó con una voz clara, que resonó singularmente en medio de aquel silencio profundo:

— ¡Jamás abandonaré a usted, tío Juan; se lo prometo por lo que más quiero!

Con un movimiento convulsivo, los brazos de Chantavoine se estrecharon y la joven se apoyó sobre su pecho. En medio de sus sollozos se oía sin cesar la misma frase, repetida con indecible tono de orgullo y agradecimiento:

— ¡Eres una Chantavoine, eres una Chantavoine!

X

En Varencieres, dos días después, hacia el mediodía, el doctor Tranchebize, seguido de los individuos más importantes de su comité, penetraba en el hotel del Sol de Oro, y se dirigía con aire solemne hacia una sala en cuyas paredes se veían impresos en grandes caracteres los títulos siguientes: «Salón de baile, de teatro; sala para bodas y banquetes, cien cubiertos.» Detrás del doctor, siguiendo los pasos al comité, los doctores se estrujaban.

En el fondo se había preparado una mesa, cubierta del clásico tapete verde; detrás veíase un sillón de despacho, prestado por el dueño del establecimiento, y que flanqueado correctamente de dos sillas para los asesores, parecía esperar con paciencia un presidente cualquiera. En la extremidad de la mesa, a la derecha, una tercera silla, la del orador, daba frente a una bandeja con el vaso de agua tradicional.

Tranchebize fué a sentarse y paseó sus miradas sobre el público tumultuoso que llenaba ya la sala. Ésta, que para todo servía, pues en ella se celebraban banquetes, se bailaba y se peroraba sucesivamente, era larga, pero bastante estrecha, y a primera vista no parecía que pudiese contener muchas personas; pero el arquitecto, muy hábil en el arte de amontonar a sus semejantes, no pudiendo, a pesar de la escasa población del pequeño distrito, hacer venir a todo Varencieres al piso bajo, le había dispuesto varias graderías que llegaban hasta el techo.

Una inmensa tribuna a manera de anfiteatro daba frente a la mesa cubierta con un tapete verde, y sus gradas, anchas y bajas, llenas de mesas de café, elevábanse insensiblemente hasta un mostrador, cuyos vasos y frascos se reflejaban en un espejo del fondo. Delante, un reducido estrado de forma cuadrada, en el cual se veía un contrabajo, dominaba el salón; y una lira de hierro, puesta en la balaustrada, tenía prisionero un cartelón en el que se leía: «Mazurka.» A lo largo de las paredes, a cada lado, la tribuna se prolongaba en dos largas galerías que podían contener una doble hilera de bancos y se unían en el fondo opuesto bajo un busto de yeso representando una República de aspecto de cocinera. En los cuatro ángulos del cuadro que formaban las cuatro balaustradas, cuatro escaleras de madera conducían a la tribuna y a las galerías; y así quedaba resuelto el problema: todo Varencieres podía coger allí, abajo ó en el aire. Los banquetes de boda se celebraban en el piso bajo; después, mientras se tomaba café en la tribuna, los mozos levantaban la mesa; los músicos se instalaban en su estrado; el cornetín de pistón preludiaba las primeras notas como para excitar al contrabajo, ya despierto, y los convidados bajaban de nuevo muy alegres a la sala del festín, transformada en salón de baile.

Aquel día nadie pensaba en bailar, porque el bello sexo faltaba por completo en la reunión convocada por Tranchebize; pero el salón se llenaba de personajes ruidosos, excitados ya por las conversaciones políticas comenzadas fuera. Las escaleras crujían bajo los pasos continuos de pies calzados con gruesos zapatos; y en lo alto de la tribuna, el Sr. Claquepont, dueño del establecimiento, daba vueltas en torno de su mostrador, sirviendo cafés y llenando vasos de cerveza, que dos muchachos aturdidos no bastaban para llevar a los consumidores impacientes.

Muy pronto no hubo ya ningún asiento arriba, y la multitud, agolpándose en el piso bajo, ocupó rápidamente todo el espacio hasta las últimas filas bajo la tribuna. Entonces el estrépito llegó a ser atronador: los primeros que habían llegado apuraban sus vasos en la tribuna y en las galerías, burlándose de los que acudían tarde, los cuales no podían beber por serles imposible subir; éstos tomaban las pullas, unos a broma y otros en serio, cruzándose de continuo los chistes y las palabras malsonantes. Un gracioso ató una cuerda alrededor de una copa de cerveza y la tuvo suspendida sobre los concurrentes, lo cual produjo una explosión de carcajadas y de bromas. Cien brazos se levantaron para coger la copa que descendía lentamente; cuando llegaba a la altura de las manos se formó un remolino, queriendo todos

cogerla; pero se ladeó, y la cerveza fué a caer sobre el cuello de un obeso ciudadano, que comenzó a renegar espantosamente. Entonces resonaron por todas partes frenéticos aplausos, mientras que los espectadores apiñados en las tribunas y en las galerías golpeaban el suelo con los pies, a riesgo de hundir el piso. Electrizado por aquel espectáculo un elector que se hallaba junto al contrabajo, cogió el arco y le frotó violentamente contra el instrumento, que produjo sonidos lúgubres, y al mismo tiempo otras copas comenzaron a bajar como la primera, con gran desesperación del Sr. Claquepont y de sus ayudantes, impotentes para impedir el pillaje de su mostrador. Sin embargo, la atmósfera comenzaba a ser sofocante; el sudor de todos aquellos hombres, embriagados de hablar y de beber, juntamente con el humo de las pipas, contribuía a dificultar la respiración, y el sol de un hermoso día de verano, que penetraba como dueño por las ventanas sin cortinas, calentaba desapiadadamente a la agitada multitud.

Sentado delante de su vaso de agua, Tranchebize esperaba, contemplando con satisfacción todos aquellos vocingleros, y decía que su comité había trabajado bien y que iba a tener una buena reunión. Aquella baránda le agradaba; estaba en su elemento; aquel era el auditorio que le convenía, comprendiendo que era incapaz de razonar, que estaba excitado de antemano y que impresionable como un niño hallábase dispuesto a gritar de entusiasmo a la primera palabra que él pronunciara. De repente se levantó, reclamó la atención de la concurrencia con un ademán solemne, y como no se callaran bastante pronto descargó sobre la mesa un bastonazo, gritando con voz profunda: «¡Ciudadanos!»

El efecto fué inmediato; prodújose un silencio profundo, y después un movimiento general de atención impelió como una ola todas las cabezas hacia el lado de Tranchebize; algunas copas, que bailaban aún suspendidas al aire, remontáronse rápidamente, y el doctor sonrió, considerándose dueño de la situación.

— Ciudadanos, dijo, es preciso elegir un presidente y dos asesores; ya sabéis que esto es absolutamente necesario para que la reunión pueda celebrarse; y cuando hayáis elegido los tres dignos ciudadanos que tendrán por misión dirigir nuestros debates, pediré la palabra para defender mi candidatura. Si el señor vizconde de Berneville, cuya ausencia, debo confesarlo, me sorprende un poco, se digna discutir conmigo, espero poder triunfar fácilmente de la reacción clerical encarnada en su persona.

En aquel momento alguno gritó: «¡Lo cual no es seguro!» Esto contrarió en alto grado a Tranchebize, pues el interruptor había elegido el segundo de silencio que transcurre casi siempre entre el momento en que un orador deja de hablar y aquel en que se silba ó se aplaude, profiriendo su frase tan oportunamente, que todo el mundo pudo oírlo muy bien. Por eso el tumulto se produjo más violento; los gritos de «¡A la calle!» resonaron mezclados con los de «¡Viva Tranchebize!» y el entusiasmo por el doctor no reconoció muy pronto límites. A pesar de ello, estaba meditabundo y descontento, pues acababa de divisar a Fineuil apoyado en una de las columnas de la galería, y junto a él vió a varios partidarios del vizconde.

— ¡Ciudadanos, gritó con tono indignado, todas las opiniones son libres aquí; pero me parece que para expresarlas podría esperarse la elección de presidente!

— Pues ¿por qué no ha esperado usted mismo?, dijo la misma voz de antes.

De nuevo resonaron los gritos de «¡A la calle, a la calle!» Pero enérgicas protestas respondieron: evidentemente Fineuil no estaba solo; y en efecto, una docena de mozos robustos, dotados al parecer de fuertes músculos y poderosos pulmones, le rodeaban en aquel momento. ¿Cómo les habían dejado entrar? De ordinario, las reuniones preparadas por el comité radical no permitían tales sorpresas... A Tranchebize no le agradaba la contradicción; la presencia de un adversario resuelto y bien acompañado le disgustó mucho; quiso acabar de una vez, y prosiguió en medio del ruido:

— Veo allí un ciudadano a quien no conozco, pero que no tiene aire de ser elector en este distrito. Sin embargo, que se explique, para saber qué quiere decir pretendiendo que no he esperado la elección del presidente.

Fineuil saltó hacia la mesa, abriéndose paso a fuerza de puños, y en un abrir y cerrar de ojos se halló junto a Tranchebize. El empresario de elecciones estaba verdaderamente hermoso; también él se encontraba en su elemento, y su rostro de expresión astuta, de pillete parisiense, iluminábase con una sonrisa provocadora.

Frente a él, Tranchebize se erguía iracundo, y a su alrededor el auditorio gritaba frenéticamente:

— Lo que yo quería decir, gritó Fineuil con una

voz aguda que dominó el ruido, y lo que digo, es que el señor doctor Thanchebize se ha permitido hacer un instante insinuaciones desleales respecto a su adversario ausente.

El tumulto se repitió; pero los amigos de Fineuil vociferaban como los demás, y el doctor reconoció, con una sorpresa y un descontento crecientes, que eran numerosos. Por lo mismo gritó con más fuerza, agitando como un loco:

— ¿Qué insinuaciones, caballero, qué insinuaciones?
— Usted se ha extrañado, repuso Fineuil con voz cada vez más aguda, de que el señor vizconde de Berneville no esté aquí para discutir con usted, y ha

querido insinuar que tenía miedo. ¿Tan temible se cree usted?

Y Fineuil señaló con el dedo y gesto de mofa al doctor Tranchebize, tan flaco, tan raquítrico, con su levita que le bailaba en el cuerpo y que cubría una figura huesosa, cuyo rostro estaba en aquel momento verde por efecto de la cólera.

Los circunstantes comenzaron a reír, y alguno gritó: «¡Es un alfeñique!» mientras que los partidarios del doctor volvían a gritar a coro: «¡A la calle!»

Fineuil, lejos de inmutarse, continuó:

— ¿Sabe usted dónde está en este momento el vizconde? ¡Pues se halla con el alcalde, sí, ciudadanos,

con Muterel!. Confieso que vuestras interrupciones y la sorpresa que me manifestáis me admiran... Adversario político del ciudadano Muterel, el vizconde no es por eso menos amigo de su familia, y no ignoráis la desgracia que acaba de sufrir. Al acompañar a su última morada a la señora de Chantavoine, suegra del ciudadano Muterel, el vizconde ha querido probar que ante la muerte, la divergencia de opiniones debe ceder su lugar a la comunidad de sentimientos, y que, resuelto a combatir a vuestro alcalde en el terreno electoral, se mantiene su amigo en el terreno conciliador de la familia y de los recuerdos.

(Continuará)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS D^{OS} JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{IN} BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^R FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curadas ó prevenidas. (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso
 Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Muger de 3 piernas»)
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados. Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

TARIN, Farmacéutico de 1^a Clase, ex-Interno de los Hospitales
 PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilación, la Escrófula, etc.
 Exíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en París.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

Las Personas que conocen las **PILDORAS de DEHAUT** DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, éste no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Graageas de BERTOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Graageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS Y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

MÈRE DE CHANTILLY
 ORLÈANS - FRANCE

UNGUENTO ROJO MÈRE
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se extienden a todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs. FREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rótulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^o, 102, R. Richelieu, Paris.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S⁻Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatosis.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

de los D^{OS} JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS
PATE ÉPILATOIRE DUSSEY
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

ADELINA PATTI EN 1852

Con motivo del octogésimo cuarto aniversario del célebre Verdi, Mr. Crowest ha publicado una detallada biografía de este compositor, dedicándola a dicha famosa cantante «que tanto ha contribuido - dice - con su voz melodiosa y su exquisito arte á avalorar las obras de Verdi.» En esta biografía ha incluido el autor un retrato de la *diva*, que es el que publicamos adjunto, reproducido de otro hecho por el daguerrotipo, procedimiento precursor de la fotografía, que en 1852, época á que este retrato se remonta, estaba muy en boga. Habiendo nacido la Patti en Madrid el 19 de febrero de 1843, tenía á la sazón nueve años solamente, y aunque tan niña, ya se advierte en la expresión de su semblante su aptitud para el estudio y ese naciente destello del genio artístico que tan eminente la ha hecho en la carrera abrazada y que tantos aplausos y lauros la ha valido. Nótase asimismo, comparando este retrato con otros posteriores, que sus facciones han variado poco, conservando casi siempre esa delicadeza y esa lozanía que pudiera calificarse de infantil, y tan gran atractivo da á su tipo, mezcla de italiano y español. Las vicisitudes de la vida llevaron á los padres de Adela (que tal es el nombre que unido á los de Juana y María recibió en la pila del bautismo de la iglesia parroquial de San Luis) á América, donde se educó, y esta es la causa de que el susodicho retrato fuese hecho en aquel país. Adeline estudió música desde su infancia, siendo la primera persona que le enseñó el canto Elisa Valentini, artista que de 1845 á 1855 gozó de renombre en América: luego continuó su educación musical con su hermano uterino el barítono Héctor Barilli, el cual había cantado en el teatro Principal de Barcelona por los años de 1846 y 1847; el maestro Manzcchi la auxilió también con sus consejos; pero quien la preparó para el teatro y la presentó á la Academia de Música de Nueva York fué el maestro Muzio, discípulo de Verdi. Apareció en público Adela por primera vez en 1851, en el teatro Italiano de aquella ciudad; luego cantó en el teatro de Tacón de la Habana, llamando la atención aquella artista en miniatura, la cual ostentaba dos magníficas trenzas de pelo negro que le bajaban hasta el borde de su corta falda. Desde entonces sólo triunfos ha contado; su renombre es universal y hoy que cuenta ya cincuenta y cuatro años aún continúa entusiasmando á los públicos ante quienes se presenta y conserva incólume la fama adquirida en su larga carrera artística.



ADELINA PATTI EN 1852 (de un retrato daguerrotípico)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

INTIMAS VULGARS, per *Joseph Burgas (Mayet)*. - Colección de poesías del joven poeta catalán Sr. Burgas, quien ha reunido en ella multitud de composiciones de diversos géneros y escritas en distintos metros, en todas las cuales demuestra su autor cualidades no comunes de escritor original é inspirado y de hábil versificador. Muy bien impreso en la tipografía de «L'Avenc», véndese el libro á una peseta.

TRATAMIENTO RACIONAL PARA LA CURACIÓN DEL TUMOR BLANCO CON EL SUERO ANTITUBERCULOSO del doctor *A. Romeo Mataro*. - Folleto impreso en Barcelona en la imprenta de Federico Sánchez, que contiene las notas explicativas del procedimiento para curar el tumor blanco con el suero descubierto por el autor y de los resultados que con él se obtienen.

REVISTA CONTEMPORÁNEA. - El último número de esta importante revista madrileña contiene notables é interesantes artículos de los Sres. Alzola, Durán y Bas, Gil Maestre, Gómez Chaix, Pedreira, Mallada, Méndez de San Julián, Rodríguez Intilini y F. Bonhours.

LA VIDA NUEVA, por *José Enrique Rodó*. - Con este título el distinguido escritor uruguayo Sr. Rodó se propone reunir todos sus trabajos que expresen, ya una impresión de su conciencia de espectador en el gran drama de la inquietud contemporánea, ya una modificación de su pensamiento que obedezca al impulso renovador de las ideas y de los espíritus. El primer volumen publicado contiene dos interesantes artículos, titulados *El que vendrá* y *La novela nueva*, y ha sido impreso en Montevideo, imprenta de Dornaleche y Reyes.

LA GRAN REVISTA. - El último número de este periódico ilustrado que se publica en Lima contiene notables artículos y poesías de José S. Chocano, J. M. Barreto, O. Espinosa, J. Fiansón, J. A. Román, C. López, V. G. Mantilla, Numa P. Llona, M. A. San Juan, A. N. Velezmore, A. Arnao, R. de Campamor, J. C. Ozete y M. Moncloa, y varios grabados.

CARRERAS-CAZA
EMBROCCACIÓN MÉRÉ de Chantilly
 INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
 LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLFADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES etc.
 B^o St-Denis 18

VINO AROUD
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
 I - **CARNE-QUINA**
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
 II - **CARNE-QUINA-HIERRO**
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^o, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES
ESTÓMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Escribir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 R^o DEBETHAN, Farmaceutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS D^{OS} RES
JORET y HOMOLLE
 - CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^{OR} CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

KANANGA DEL JAPON
 RIGAUD y C^o Perfumistas
 PARIS - 8, Rue Vivienne, 8 - PARIS

El Agua de Kananga es la locion más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo.
Aceite de Kananga, tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caída previene.
Jabon de Kananga, el más grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.
Polvos de Kananga, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Depósito en las principales Perfumerías

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN